



Liber Mundi (La Hermandad de los Elegidos)
(Primeros capítulos)
M.C. Mendoza

Published: 2005

Categorie(s): Fiction, Action & Adventure

Tag(s): "hermandad de los elegidos" "mc mendoza" aventuras rosacruces
grial fantasia iconografia

Nota

Esta novela se publicó en el año 2007 en la editorial Via Magna bajo el título de "La Hermandad de los Elegidos". Sin embargo, el título que yo le había puesto originariamente era "Liber Mundi". Tras la desaparición de la editorial los derechos de la obra han regresado a mí, con lo cual me he permitido hacer correcciones al libro y devolverle su título original.

En la primera edición (2007), además, había algunos errores de fechas que hacían que los sucesos descritos no encajaran con otros posteriores, protagonizados por algunos de los personajes, citados en otras novelas. Estos errores fueron corregidos en la edición de bolsillo (2008). En el e-book se respeta la cronología original (es decir, los acontecimientos tienen lugar en 2005, en lugar de en 2007)

Créditos

Título Original: Liber Mundi (La Hermandad de los Elegidos)
(primeros capítulos)

Autora: María Covadonga Mendoza Abad (M. C. Mendoza)

Fecha de escritura: 2005

Copyright 2005

Publicación en Ediciones Via Magna: 2007 (2008 edición de bolsillo)

Versión ebook (con correcciones): febrero 2012

Contacto: reginairae@yahoo.es

Web de la novela: <http://libermundi.wordpress.com>

Capítulo

1

(Comprar entero en Amazon.es http://www.amazon.es/Liber-Mundi-Hermandad-Elegidos-ebook/dp/B006Z4V45A/ref=sr_1_2?s=digital-text&ie=UTF8&qid=1327188084&sr=1-2)

Tras sacudir el paraguas y salpicar a varios transeúntes, Fernando Bances penetró con paso dubitativo en la galería Roble, en pleno centro de Oviedo, esquivando a la multitud de curiosos que se agolpaba para contemplar la exposición sobre “Tecnologías ocultas de la Antigüedad”.

Como profesor de Iconología e Iconografía, un científico en suma, su presencia en un lugar donde se daban cita todos los tópicos de la pseudohistoria resultaba cuando menos “problemática”. Su mente, sabedora de lo inusual de tal comportamiento, incluso elucubraba sobre qué excusa podría inventar si apareciera por allí algún colega.

La noche anterior había recibido una llamada cuando se encontraba inclinado sobre el escritorio, examinando algunas láminas del libro de emblemas de Alciato (*Emblemata*, 1531), no el original, sino la última edición facsímil en español, que su madre le había regalado el día de su trigésimo quinto cumpleaños, unos pocos días atrás.

Tal era su concentración que, al escuchar el timbre del teléfono, un movimiento inconsciente del brazo había desbaratado su entorno, caracterizado por esa “estable inestabilidad” que se percibe en los hogares de muchos sabios y que es producto del “caos creativo” de sus cabezas. Cayeron al suelo, pues, varios libros sobre el Barroco y el Renacimiento, decenas de folios fotocopiados e impresos, junto con una botella de agua mineral de un litro, ya por la mitad, un sándwich envuelto en papel de aluminio, y, de otra pila, una lámina del *Atalanta Fugiens*, de Maier, en concreto la que mostraba la cabeza de una mujer convertida en una luminosa luna llena, que observó con lástima el visaje de desesperación del académico.

No sabía quién podía molestar a aquella hora; en todo caso, alguien que recibiría una buena reprimenda, quizás los mismos evangélicos que

lo habían asaltado esa mañana a la salida del portal; aunque resultaba extraño que hubieran puesto interés en buscar su número para continuar la labor; no se le ocurría otra idea: no recibía llamadas después de las nueve, a no ser que se tratara de su madre o su hermana, que ya estaban al tanto de las normas y sólo le molestaban en caso de muchísima urgencia. En su carrera por el pasillo le dio tiempo a sufrir varios conatos de preocupación originados por el temor a una tragedia familiar.

Pero al llegar al salón comprobó que el número que figuraba en la pantallita del teléfono no se correspondía con el de ninguna persona conocida. Tuvo un momento de recelo mientras el aparato sonaba con insistencia.

—¿Quién es? —dijo, procurando que trasluciera un tono de irritación suficientemente claro.

—Buenas noches. Me llamo Guilford Christie. ¿Es usted el profesor Bances?

El desconocido pronunció el nombre de tal manera que la “e” sonó como una “i” y la “c” como una “ese”. Una palpitación desazonó el pecho de Fernando. No conocía a ningún inglés ni norteamericano. Ni ganas. Un momento... los evangélicos!

—Lo siento, pero no me interesa hacerme de su Iglesia —respondió, ofuscado—; ya se lo dije por la mañana. Respeto todas las religiones. No obstante, considero un ataque a la intimidad de las personas el proselitismo, aunque se haga por teléfono.

Tras un corto silencio, una risa irrumpió en su oído.

—¿De mi *Iglesia*? No, no; por Dios: yo soy católico, pero eso no tiene importancia ahora. Quisiera invitarle a una exposición que se celebrará mañana en la Sala Roble.

—¿Quién le ha dado mi teléfono?

—Sé que debería haber llamado a su despacho en la facultad. *Mea culpa*. Perdóneme, soy un poco impulsivo. La exposición le interesará; estoy seguro. Es una retrospectiva sobre Arte...

—Tiene razón; debería haberme llamado a la facultad. O mejor, no haberme llamado. Disculpe mis modales, pero no son horas de molestar a una persona sólo para hacer promoción de sus cuadros.

—No me juzgue con tanto apresuramiento. No soy el pintor, sino solo uno de los patrocinadores de la exposición. También colecciono un tipo de arte, digamos, peculiar. Me han hablado muy bien de usted, y quisiera proponerle un negocio. Sé que es una eminencia en Emblemática. Y hay muchos ceros en el talón. Es un asunto serio que no se puede tratar por teléfono...

Fernando guardó silencio. Algo dentro de su cabeza hizo “crac”. Era la primera vez que escuchaba ruido semejante en lugar tan insólito. El discurso entrecortado, emitido en español por un *englishman* con poco oído, le había afectado negativamente. Pero la palabra “eminencia” referida a él, por el contrario, le había sonado muy bien.

—Entonces veré si puedo hacer un hueco en mi agenda. Si tengo que cambiar alguna cita o tarea puede estar seguro de que no acudiré.

—Acudirá...

Y naturalmente, acudió.

Con una expresión que vacilaba entre la perplejidad y el desdén, Fernando observó los paneles donde colgaban fotografías de antiguas máquinas, supuestas pilas prehistóricas y dibujos de artefactos voladores.

Se preguntaba cómo había osado entrar en aquel antro de incultura y pseudociencia. En un instante, se percató de que aquello era lo más parecido a una “aventura” que había afrontado nunca. Achacó su incomodidad a tal circunstancia. No dejaba de pensar en que alguien conocido lo descubriera. Dar explicaciones le agotaba. Seguro que tenía que ver con el “crac”. Quizás demasiado tiempo dedicado a la elaboración del catálogo de arquitectura emblemática española del Siglo de Oro; todo el mundo lo decía; su hermana, su madre también, a todas horas; y las madres siempre tienen razón: “Tienes que salir, distraerte; vas a enfermar”. Empezaba a preocuparse de veras.

Se subió las gafas a lo alto de la nariz, y caminó hacia la sala principal, evitando rozar a los visitantes, que parloteaban sin parar y llenaban el aire de interjecciones de asombro más o menos acusadas según la ingenuidad de cada uno. Un grupo numeroso se concentraba ante los paneles que mostraban cuadros o dibujos con “anomalías”, entendiéndose por estas aquellos objetos o situaciones fuera de contexto relacionadas, en general, con elementos extraterrestres. Nunca había entendido la obsesión de las masas por los habitantes de otros planetas. Y mucho menos la manía de buscarlos hasta debajo de las piedras.

Uno de los cuadros representados pertenecía a la escuela de Filippo Lippi. Se titulaba *La madonna de San Giovannino*. La “anomalía” se encontraba en el fondo, detrás de la imagen de la Virgen con el niño: un hombre, acompañado por su perro, contemplaba una nave en forma de arcón que flotaba y emitía rayos verdosos. Incluso usaba la mano como visera para protegerse de ellos o para mirar mejor el prodigio. La foto de al lado resultaba si cabe más curiosa. Un disco celestial lanzaba tres rayos sobre un nacimiento iluminando al Niño y a su familia, feliz de haber

engendrado un Dios que tendría gran predicamento en los siguientes dos mil años.

Bances sintió una indignación súbita al leer la cartela que “explicaba” el cuadro. Al parecer, el rayo tenía relación con los que en los últimos tiempos enviaban los extraterrestres para secuestrar humanos. Ah, eso que llamaban “abducción”. En un momento de debilidad pensó si no sería él un hombre de imaginación pobre. No veía en aquellas pinturas copiadas nada que no pudiera ser interpretado conforme a las leyes de la Iconografía o la Psicología. ¿No había sido Jung quien había percibido la naturaleza simbólica de los platillos voladores? ¿No eran, en su esencia, similares a los discos solares que antaño designaron a los viejos dioses? Pero aquella gente (*sancta simplicitas*, por no decir *santa ignorancia*) abría mucho los ojos, fantaseaba, dejaba que su mente buscara imágenes del cine popular, que pronto acomodaban a las formas del objeto artístico; y luego deformaban las líneas; confundían los colores; trastocaban la perspectiva, hasta lograr el efecto deseado. Y ese objeto, en puridad abstracto, aunque fuera concreto, terminaba convertido en la nave del Capitán X, héroe galáctico de alguna serie de los años sesenta, ya desgastada por el paso del tiempo, que muchos se morían por ver en persona en el jardín de su casa o en el menos acogedor paraje de una autopista desierta.

Consultó el reloj con impaciencia. Cada vez había más público. Pero el tal Christie no aparecía. Decidió concederle unos cinco minutos más. ¿Cómo sería? ¿Cómo lo reconocería?

Una mujer, vestida informalmente, con el cabello largo, moreno y crespo, se hizo un sitio para observar la foto de la *Madonna*. Parecía que buscaba su compañía. Detrás de ella iba un hombrecillo barbudo y adiposo. Le resultó un tipo desagradable: mascaba chicle y hacía globos. Ambos hablaban en un tono de voz elevado y molesto; los movimientos de la mujer, digamos que joven, aunque pasaba de los treinta, eran muy desenvueltos, como de persona que no domina sus nervios. Bances no pudo evitar mirarla de arriba abajo. Ella se dio cuenta. Sacó una libreta y empezó a tomar apuntes a toda velocidad. Bances observó sus trazos espasmódicos tratando de vislumbrar su significado.

—¿Le interesa lo que escribo? —dijo la mujer, en un tono calmado, casi humorístico, sobresaltándole.

Bances se sintió violento. Ella sonreía sin dejar de escribir ni de mirar a la libreta. Su compañero remató una mueca irónica con el estallido de un globo de chicle.

—Disculpe, no quería molestarla —dijo el profesor, en tono excesivamente educado, con la mirada baja.

—No me molesta, profesor Bances —continuó ella; cerró la libreta con una sacudida de la mano, en un tono suave que contrastaba con la aceleración de sus ademanes.

La mujer le clavó en ese momento sus ojos color miel, ribeteados por un matiz divertido y pícaro.

¿Qué podía hacer el profesor sino mirarla por encima de sus gafas, con las cejas elevadas?

—Me llamo Cristina Lara Valls. Guilford Christie me ha citado aquí... como a usted —explicó, al tiempo que le tendía la mano.

Bances se la estrechó; aún seguía confundido.

—Al parecer usted, el señor Christie y yo vamos a hacer negocios juntos.

El hombre abrió la boca. Iba a decir algo pero Cristina se giró hacia los paneles y continuó:

—¿Le gusta la exposición?

Bances lanzó un carraspeo, mientras se aflojaba el cuello de la camisa.

—Pues no mucho. Yo no creo en estas cosas. No al menos en su *interpretación*.

Las cejas de la mujer se arquearon, al igual que sus labios. A pesar del tono despectivo de su interlocutor no había perdido la sonrisa.

—¿Qué ve usted ahí, por ejemplo? —dijo ella, señalando la foto del cuadro de la *Madonna*.

De nuevo, Bances se aclaró la garganta.

—Para mí guarda relación con un arca, es decir, un símbolo femenino, al igual que la copa, o las vulvas de las cuevas paleolíticas. Representan aquello que guarda la vida. Para el hombre primitivo ese es el mayor misterio. Hay muchas leyendas sobre arcas. Los griegos tenían la de Pandora, también relacionada, como ve, con el elemento femenino; los judíos, el Arca de la Alianza; incluso en cuentos populares árabes se mencionan arcas voladoras...

—Muy interesante. En lugar de ver lo evidente, usted se inventa una teoría enrevesada.

—Y usted se inventa que *eso* es una nave extraterrestre.

—Pero no se trata de *esto* o de *aquello*, sino de miles de evidencias a lo largo de la Historia... —dijo ella, y empezó a enhebrar una completa apología del misterio.

El profesor escuchó con enojo, y cierta ausencia, la disertación de la mujer cuyo acento del sur se hacía más intenso cuanto mayor era su aca-loramamiento. Le costó mantener esa actitud de escucha característica de los hombres educados cuando están en presencia de una dama, incluso

aunque sus palabras los maten de aburrimiento. Ella acabó por notar el desinterés. Cortó de pronto el discurso, dejando una frase a medias y clavándole sus ojos, afilados como puñales, mientras él, con las manos en los bolsillos, miraba distraídamente hacia una de las puertas de la sala.

En ese momento, entraba un hombre alto, con aspecto de deportista maduro, moreno de piel, y plateado de sienes, enfundado en un traje cruzado, con un alfiler en la corbata (parecía una G metálica).

Lo primero que pensó Fernando era que se trataba del misterioso Guilford Christie. De todas las personas que había en aquel lugar era el que tenía más aspecto extranjero. Su forma de moverse, de mirar, de llevar la ropa, ese traje con abotonaduras doradas que parecía de almirante... Lucía la "extranjería" con franqueza; pero era, y se dio cuenta al observar un matiz extraño en su mirada oscura, una cualidad con cierta mezcla de elemento nativo, como el de un emigrante que habiendo hecho su vida al otro lado del mar, no sabe todavía a qué orilla pertenece.

El recién llegado movió la cabeza a modo de radar sobre los invitados y curiosos; la voz de Cristina, saludando con estrépito, al tiempo que agitaba el brazo de un modo un poco ordinario para el gusto de Bances, le hizo apuntar la nariz hacia el lugar donde se encontraban. Entonces estalló en medio de su cara una sonrisa confiada y satisfecha que aclaró un poco el tono moreno de su piel, curtida como la de un hombre que pasa mucho tiempo en la playa, en la montaña o en ambos sitios. Al ver que se acercaba, Bances no tuvo ninguna duda.

—Ah, bienvenidos los dos —dijo, con ese dejo de bruma londinense que sonaba tan raro en los oídos de Fernando—. Me alegro de que hayan venido. Por un momento dudé de usted, profesor Bances...

Y subrayó la broma con unas risas y un viril golpe en los omóplatos, que fue celebrado por Cristina, y detestado por su destinatario.

—Yo también dudé. En realidad, no sé por qué he venido. Esto es muy informal, y soy un hombre ocupado.

—Disculpe. Permita que me presente. Soy Guilford Christie... Bueno, en realidad, mi nombre es Francisco Guilford Rodríguez Christie. Soy medio español... Sí, mi padre era de aquí, de Asturias. Emigró a Londres, en la posguerra, y allí se casó. Veo que ya conoce a la señorita Lara.

El hombrecillo adiposo hizo estallar otro globo junto a la oreja de Fernando, quien justo entonces pensaba en lo juicioso que era el caballero al utilizar sus nombres ingleses. Desde luego, no es lo mismo ser Guilford Christie que Paquito Rodríguez. Ni en letras doradas. Pero, con la explosión, todos sus pensamientos se convirtieron en una masa amorfa. En momentos como ese lamentaba haber recibido una educación exquisita.

—Yo conozco a su madre... —le pareció que susurraba *Mr. Christie*—. De cuando ella estudiaba en la Universidad de Londres, en la Facultad de Arte. Yo servía comidas en un restaurante próximo. No sé si sería prudente decir que fuimos medio novios.

Eso sí que lo captó Fernando con toda nitidez. El asco se transformó en una sensación de escalofrío en su espalda. Se imaginó al tal Guilford reptando por ella, mientras sacaba la lengua bífida.

—Nunca ha hablado de usted —dijo Fernando, como ofendido, de modo tan evidente que hasta Cristina rió.

—Comprendo su silencio. Siempre fue reservada. Ah, *my darling Ana*.

Fernando no creía ni palabra. Y, ¿cómo se atrevía a llamar a su madre "*my darling Ana*"? Sacó las manos de los bolsillos. La mirada soñadora de Guilford mientras decía aquella frase ridícula le había sacado de quicio.

—En realidad fue ella quien me habló de usted. "Guilford, mi hijo es una autoridad en Emblemática. Es lo que tú necesitas: un chico honrado, competente y discreto".

Eso ya era llegar muy lejos. El profesor Bances tenía un puñado de rayos en los ojos.

—¿Cuándo ha hablado usted con mi madre?

—Hace unos días. Pero no se altere. Todo tiene que ver con el negocio que voy a proponerles —Guilford hizo un gesto que abarcaba también a Cristina—. Por favor, acompañenme. Hablaremos más cómodos en el hotel.

Cristina se despidió de su acompañante ante la mirada desconfiada de Fernando, que los había descubierto en pleno cuchicheo. Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

* * *

No muy lejos de la sala de arte se encontraba el hotel Reconquista. Se dirigieron hacia allí sin dilación, caminando bajo la lluvia, divertida Cristina, enojado Bances, dicharachero Guilford; este no dejaba de señalar los tritones que sostenían las balconadas de las fachadas de la calle Uría, un dechado de *horror vacui*, repletas como estaban de adornos florales, columnillas y cenefas de piedra; y de esas figuras enigmáticas, mitad hombres de barba luenga, mitad pescado, que parecían emerger de un mar liso y vertical, combando sus columnas en un gesto atlético y vigoroso. Mil veces había pasado el profesor Bances por esa calle, de camino al campus del Milán, en la parte norte de la antigua capital del reino de los astures. Nada de lo que veía, pues, le impresionaba lo más mínimo. Pero

sí lo hacía el descaro de Guilford Christie al recordar cuánto le hablaba su “querida Ana”, allá en la brumosa tierra de los anglos, en aquel tiempo en que “supuestamente” eran uña y carne, de las calles y palacios modernistas de Oviedo. “Sí, supuestamente”, se repitió, una vez más, el profesor.

Por suerte para él, pronto se encontraron resguardados de la lluvia en el *hall* del hotel, otro de esos edificios antiguos, mucho más en verdad, de severa piedra y rematado por el escudo del imperio donde antaño no se ponía el sol.

Fernando Bances habría querido saber qué era lo que pensaba de él aquel par tan raro. Había un rango amplio de posibilidades, aunque dudaba de que unos desconocidos tuvieran conocimiento lo suficientemente amplio de su vida y forma de ser para formular apreciaciones de cierta gravedad. Era un hombre discreto, no muy sociable (¿sería eso?), con escaso sentido del humor (también podría decirse que era muy serio, lo cual es mérito y no lo contrario), racional y concienzudo. Todo el mundo tendía a hacerse una idea errónea de su carácter.

Cristina lo miraba, no obstante, con un aire de condescendencia irritante. Se preguntaba también si el inglés y ella se conocerían. Las confianzas que se habían demostrado no eran determinantes: no era una raza esa gente “informal” que enseguida llamaba de tú a un extraño, incluso a un superior jerárquico.

Guilford, mucho más desenvuelto dentro de las cuatro paredes del hotel que en la calle de la ciudad de sus antepasados, les invitó a subir a su cuarto, no sin antes solicitar un refrigerio al atildado recepcionista.

La habitación no era ostentosa, ni tampoco demasiado grande. Por el aspecto frío, sin maletas grandes o alguna prenda dejada al descuido sobre los muebles (un fular o algo así), tanto Cristina como Fernando dedujeron que Christie viajaba sin compañía femenina.

No tardó ni un minuto en ponerse cómodo, y ni dos en invitarles a ellos a hacer lo propio. Mientras llegaba el aperitivo, los invitó a una copa, que Bances rechazó ante el jolgorio “indisimulado” de Cristina.

Guilford, libre ya de la chaqueta, sonrió también, pero con ternura.

—Mis buenos amigos, no quiero hacerles perder tiempo, así que no me demoraré explicándoles mi proyecto. Antes de nada, me gustaría saber si en su (estimo que amigable) conversación de la sala habrán tenido tiempo para presentarse.

A Fernando el discurso le sonó alambicado. Guilford parecía dudar a la hora de construir las frases. Le salían barrocas y artificiales; tal vez no debería detenerse tanto a pensar a mitad de discurso.

—Oh, qué va. El señor profesor Bances estaba demasiado ocupado hablándome de los arcones que contienen los símbolos de la Hembra Primigenia. Bien, Fernandito Bances. Ese es el nombre ¿no? Profesor de Iconología e Iconografía en la Universidad de Oviedo. Un título un poco rimbombante, a mi modo de ver, pero, hijo, te sienta tan bien... La verdad es que no me fue nada difícil reconocerlo. Había visto una foto suya en un libro; estaba todo enfurruñado, así que busqué al que tuviera la cara menos amistosa...

Fernando se subió las gafas:

—Señorita. Usted parece saber mucho de mí, pero yo no sé nada sobre usted. Cada vez me dan más ganas de marcharme. Ha sido una estupidez por mi parte prestarme a esto.

—No sea tan poco amigable, que ella está de broma —dijo Guilford, meciendo el licor de su copa con gesto estiloso y estudiado—. Preséntese, señorita Lara; me gusta oír su acento.

Ella rió. Sin duda estaba encantada por el piropo.

—Ya lo saben, pero me llamo Cristina Lara Valls. Trabajo para la revista *Más Allá de la Realidad*. Mi último libro, muy bueno por cierto (lo tienes que leer) —le dijo a Bances, a toda prisa, y para colmo, tocándole en el brazo—. He escrito sobre los Rosacruces y otras órdenes secretas e iniciáticas. Ahora trabajo en un artículo sobre tecnologías de las civilizaciones perdidas como Mu, Lemuria, la Atlántida... De hecho, eso fue lo que me trajo a esta exposición...

—“Perdidas” no es la palabra que yo usaría para definir tales “civilizaciones” —dijo Fernando; y aunque sonó irónico esa no había sido ni mucho menos su intención: simplemente quería ser negativo—. Y ahora que todos sabemos quiénes somos, ¿podríamos ir al grano de una vez? Me espera un trabajo importante.

—¿Cree que esto no lo es? —dijo Guilford, incorporándose de pronto del sillón, con tono educado pero imperioso—. Pues tal vez lo sea mucho más que cualquiera de sus catálogos sobre emblemática. ¿Y si le dijera que se trata de la búsqueda del tesoro más grande de la Humanidad?

En los ojos de Cristina se desparramaron kilos de estrellitas de plata. En los de Bances tan solo una mueca de desconfianza *in crescendo*. Vio como en un relámpago las imágenes de la exposición: la Virgen con el Niño y el ovni, las pilas neolíticas, los aviones de guerra de los jeroglíficos egipcios... y a él en medio de todo. Ridículo. De pronto, la puerta del cuarto se convirtió en el objeto que más le atraía.

—Explíquese, señor Christie. Me tiene sobre ascuas —se adelantó a decir la mujer, tras posar la copa sobre una mesita de cristal—. Cuando me telefoneó me dijo que se trataba del estudio de un libro *prohibido*.

—Se trata de las dos cosas —apuntó Guilford, tornando aún más cerrado su acento londinense—. ¿Han oído hablar del *Liber Mundi*, de Basilius Feuerbach?

—Por supuesto —dijeron Bances y Cristina al tiempo, hecho que provocó un cruce de miradas de reto.

—Una obra maestra de la emblemática —explicó el profesor Bances, picado.

—Un hito del ocultismo —añadió Cristina Lara Valls, orgullosa.

—Y la guía cifrada hacia un tesoro mayestático —remató Guilford, con la voz elevada, presa del entusiasmo.

Fernando se preguntó si el medio inglés sabía lo que significaba la palabra “mayestático”. Pero antes de poner en duda la cultura de su anfitrión decidió lucir un poco la suya, aun con voz dubitativa:

—Ese libro se perdió hace siglos, en el año 1721, concretamente. Lo conocemos por referencias de otros autores. Fue obra de Basilius Feuerbach, uno de los rosacruces más influyentes, médico revolucionario y gran grabador, nacido en Sajonia en el año 1545; se doctoró en Medicina en Rostock. Tal fue su fama que llegó a ser físico personal del emperador Rodolfo II. Su mayor aportación a la historia fue el *Liber Mundi*, tratado esotérico que se suponía contenía toda la ciencia del mundo y una lengua mágica basada en el primitivo “idioma de los pájaros” que se hablaba en el Paraíso terrenal antes de la caída del hombre. Un libro que, por las descripciones que nos han legado otros autores, era un compendio de lo mejor del arte de la emblemática. Incluso superior a las obras esotéricas de Maier, Fludd y Khunrath. Formó un grupo escindido de los rosacruces.

—Tú sí que hablas como un libro, Fernandito —dijo la mujer, con grajejo, cortando la intervención erudita del profesor, quien se quedó pálido, exangüe.

—Veo que está bien enterado. No esperaba menos de un hijo de Ana Hevia —susurró Guilford, socarrón. Sacó unas notas de la cartera, y dijo—: Feuerbach era partidario convencido de lo que ahora llamaríamos la “sinarquía”, una forma de gobierno universal regida por la justicia y un grupo de sabios elegidos, algo que se supone también pretendían los templarios. Se cree que tuvo gran influencia sobre otros rosacruces como Comenius, a quien inspiró algunas ideas relacionadas con la creación de un poder político que arbitrara los conflictos entre naciones, y de una

especie de parlamento mundial. Pero, además, era un místico, un alquimista y un sabio, un hombre tocado por los cielos, marcado por las estrellas, dueño de un destino poco común. El mismo Nostradamus se entrevistó con él cuando era muy joven, y ya tenía fama de sabio. Basilius encontró el secreto de la Vida y lo cifró en ese libro. Poco importa que sus dibujos fueran buenos o malos; lo que quiso transmitir es lo que tiene verdadero valor.

—Según recuerdo, Feuerbach hubo de huir de Rostock, y vagar por toda Europa perseguido por personas que deseaban apoderarse de sus conocimientos —apostilló Cristina—. Enviados del Elector del Palatinado mataron a su mujer y a sus tres hijos, y le quemaron la casa.

—Feuerbach cometió el error de escribir esta carta dirigida a su hijo. Aquí tengo la trascripción —susurró Guilford, extrayendo de un portafolio otra hoja mecanografiada en letra *courier*, muy pulcra—. En ella aclara sus motivaciones al redactar el *Liber Mundi* como una «guía hacia el Paraíso, hacia el Tesoro más grande que mora en el Corazón del Mundo y es su Rosa». Dice claramente que ha cifrado el libro «para que solo los puros encuentren aquello que les está destinado», y luego cita una frase de la *Fama Fraternitatis* de Christian Rosenkreutz: «Como dijo Cristo, es poder gobernar a los demonios, ver el cielo abierto, subir y bajar los ángeles de Dios y su nombre escrito en el libro de la vida». Según Rosenkreutz, recuerdo, este era el objetivo esencial de los rosacruces y alquimistas y no, como muchos piensan, la *mutatio metallorum*[1]. Confiesa que su libro contiene, además, «todo lo que un hombre puede llegar a saber», pero que lo esencial es el «Tesoro escondido al que se ha de llegar tras un camino lleno de peligros, como el que conduce a las puertas de la gloria de Dios y fue recorrido por todos los santos y mártires del conocimiento». Vaya, se me dan fatal estas citas en latín. Apenas entiendo el español y el inglés —bromeó Guilford, que se había hecho un pequeño lío con las hojas. Cuando las ordenó, continuó leyendo—: «Es lógico que el deseo de alcanzar este tesoro oculto despertara la avaricia de nobles y reyes, que lo buscaron con afán. El libro fue robado una y otra vez, revisado en busca de claves, escondido y vuelto a encontrar. Pero Feuerbach desapareció del mapa de Europa, dejando tras de sí la leyenda de que había logrado la inmortalidad y el conocimiento perfecto. No ayudó mucho el hecho de que Basilius declarara en su carta que el Tesoro “es algo material que brilla como el sol y que se puede tocar”. Según algunos eruditos no hablaba sino de alguna gran acumulación de oro transmutado, aún dotado de efectos mágicos por causa de su origen».

Fernando recordaba aquella historia de su paso por la Universidad de Salamanca. Tiempos juveniles y románticos donde cualquier leyenda podía amenizar las tediosas lecciones magistrales. De los libros le interesaba todo: su estética, su simbología, incluso su tacto y su olor. Pero eso no significaba que diera crédito a tales fantasías. Así que estar allí escuchando historietas fabulosas de boca de un inglés de sangre española le hacía vivir una especie de regresión a la infancia. Cristina, que, por su expresión, parecía anclada aún en esa etapa, se encontraba muy a gusto. Antes de que nadie expusiera una duda o una inquisición ella dijo:

—Por Dios, no se haga de rogar tanto. Explíquenos por qué nos ha hecho llamar.

Guilford sonrió con franqueza. Sacó unas fotografías del portafolio y las repartió entre sus pupilos asombrados.

—No me lo diga... —exclamó Cristina—. Es el libro!

Bances, que se había desconcentrado con las alharacas de la mujer, clavó los ojos en la foto. Se trataba de un libro de emblemas, abierto por su primera página. En ella, un adolescente ataviado únicamente con un carcaj volaba hacia los cielos llevado por un águila. Sabía que esa era la primera lámina del *Liber Mundi*: Ganimedes raptado por Zeus, una de las más antiguas alegorías de un acto de pederastia, aunque los eruditos lo interpretaban como una metáfora del éxtasis que conduce al cielo. Bueno, para algunos pervertidos se trataba de conceptos equivalentes.

—Hace un par de meses me enteré de que la casa Sotheby's iba a poner en subasta el *Liber Mundi*. Al parecer, su propietario, un magnate anónimo, había comprado el libro años atrás a un librero llamado Arthur Stelea. No se me olvida este nombre. Su hijo, Stefan, ha tratado de comprármelo, e incluso temo que sea capaz de ir más allá. La semana pasada alguien entró en mi mansión de Kent. Gracias a Dios tengo el libro en la caja de seguridad de un banco. Los avariciosos que buscaron la ruina de Feuerbach me persiguen ahora a mí. Oh, ese Stefan Stelea es un hombre horrible, un arquitecto fanático del ocultismo. Ha construido una mansión en el campo llena de estatuas y pinturas en el techo, como si fuera un papa del Barroco. Tuvimos una puja muy reñida. Al final, yo me llevé el libro. Pero, a la salida, él me hizo una oferta que rechacé. Se mostró muy enojado.

Fernando pensó un rato:

—Es lógico que quisiera recuperar algo que perteneció a su familia y, además, posee un valor tan grande.

—Yo lucharía con uñas y dientes por recuperarlo si lo hubiera perdido. Arthur Stelea fue asesinado, dejando huérfano a su hijo. Eso me contaron mis informadores.

—Entonces quizás no lo vendiera solo para sacar dinero —apuntó Cristina, con un tono que puso los pelos de punta al profesor Bances.

Guilford rió.

—Es bien probable, hermosa dama andaluza. Como he dicho antes, la desgracia y el crimen persiguen a quienes poseen el libro. Ahora me ha tocado a mí, pero yo pienso darle buen uso. Si encierra de verdad la clave para hallar un tesoro, toda la Humanidad se beneficiará de él. Ustedes me ayudarán a descifrar el libro. Usted, Bances, es un experto en símbolos; usted, señorita Lara, en ocultismo y sociedades secretas. Yo pondré el dinero, ya que mi conocimiento es escaso. Una de las cosas que más lamentamiento es no haber podido cultivarme e ir a la universidad. Desde niño he trabajado muy duro, atizando fogones, hasta llegar a donde estoy.

»Los he elegido porque no quiero publicidad, sino discreción a toda prueba. Un hijo de Ana Hevia es alguien a quien yo confiaría hasta mi vida; y de usted, señorita Lara, es bien conocido que jamás descubre sus fuentes cuando escribe sobre sociedades secretas al margen de la ley, y que incluso ha tenido problemas por ello. Les pagaré muy bien. Ahora, pueden aceptar o desechar la oferta.

—Para mí será un placer colaborar con usted, señor Guilford. Ya sabía yo que me caía bien por algo. Si es un sol! —dijo Cristina, sin pensar nada en absoluto, hecha un castillo de fuegos artificiales.

Tanto como un sol... Bances torció la cara. Esas menciones a su madre le herían más de lo que racionalmente podía comprender. Pero si el libro era auténtico no sería él quien rechazara ganar dinero accediendo a una joya buscada por todos los bibliófilos e iconólogos del mundo. Además, Cristina había aceptado. Una mujer de esa catadura no podía llevarse toda la gloria: era inaceptable desde cualquier punto de vista.

—Está bien. Empezaré a trabajar enseguida —dijo Fernando, fingiendo aplomo académico, que siempre da imagen de seriedad y autoridad en la materia—. ¿Podré ver el libro?

Guilford negó.

—Por motivos de seguridad no puede salir de la caja del banco. Pero les he traído fotocopias de todas sus láminas.

Y como era de lógica, las llevaba allí con él, en aquel maletín de sorpresas.

Cristina sonrió de una manera equívoca al profesor Bances, quien lanzó una carraspera a falta de mejor opinión, mientras recibía el taco de folios del *Liber Mundi*.

[1]Transmutación de los metales

Capítulo 2

—Bien, me tengo que marchar mañana a Londres para ocuparme de mis restaurantes. Si alguna vez van por allí, avísenme, que les tendré reservado un plato de mi especialidad —bromeó el inglés, abrochándose el traje cruzado al levantarse—. Ah, venir a esta ciudad me ha hecho sentir muy bien. Me recuerda a mi infancia, a las cosas que me contaba mi padre; también a Ana.

Hubo un silencio muy incómodo entre Fernando y Guilford. Uno fruncía el ceño; el otro, bajaba la cabeza con las mejillas ligeramente coloreadas. Hacían la viva estampa de un padre que regaña a su hijo travieso, solo que con las edades intercambiadas, para hacerlo más paradójico. Pero pronto, *mister* Christie alzó la cabeza y sonrió.

—He dejado en la primera página de las fotocopias varios números de teléfono donde me pueden localizar. Yo también tengo los suyos. Tengan por cierto que les llamaré regularmente para interesarme por sus progresos; espero que, del mismo modo, ustedes se pongan en contacto si descubren algo o si tienen alguna duda o necesitan algo más de mí. Me va a dar mucha pena marcharme de esta tierra tan bonita.

Guilford recogió la mano de Cristina y se la besó. La reacción de la mujer fue reírse, por falta de costumbre. La de Fernando, recelar de él; esa clase de tipos se las sabían todas para engatusar mujeres ingenuas. Nunca había pensado que su madre entrara en esa categoría. Quizás Guilford había poseído en su juventud mañas mucho más arteras. Oh, ni siquiera imaginándolo como casanova ducho en ardides podía creerlo.

* * *

Aunque era más bien de andares lentos, Fernando salió del hotel con los folios bajo el brazo, a la velocidad de una mujer que pasa junto a dos malcarados en una calle oscura y solitaria. Se había despedido con brevedad, para evitar actos sociales aledaños. Su intuición había estado acertada. Cristina había hecho el gesto de pegarse a sus talones, y en ese instante, corría sobre los charcos de la calle. Fernando trató de fingir que no

había oído cómo ella lo llamaba. Aceleró, pero fue inútil. Jadeando, ella lo alcanzó, toda empapada.

—Fernandito, cómo corres. ¿No sabes que las prisas son malas para el corazón?

—Perdón, no sabía que usted venía detrás... —mintió el profesor, con compostura.

—Dado que vamos a trabajar *juntos* —enfaticó ella esta palabra— sería conveniente que nos pusiéramos de acuerdo, ¿no? ¿Te apetece un café? La verdad es que estoy más muerta que viva; mi estómago protesta. Y los aperitivos de Guilford... qué chicos, por Dios. Necesito algo más contundente para merendar.

La torpeza social de Fernando le impidió contestar al momento y con el tono adecuado. Se la quedó mirando de arriba abajo con rostro desconcertado. Ella no se daba por vencida.

—Mira, mira; ahí hay un restaurante... O se me ocurre otra cosa... ¿Tú vives por aquí cerca? Vamos, Fernando, invítame a cenar en tu casa, que me voy a desmayar de hambre.

—Mejor el restaurante...

—Ay, qué dices. No, hombre, llévame a tu casa; además tengo los pies destrozaditos. Llevo todo el día de aquí para allá. No te preocupes, le he dicho al amigo que me acercó hasta Oviedo que se vaya, así que no tendrás que verle la cara. Ya me di cuenta de que no te caía bien. Para que veas qué prudente soy.

“Sí, muy prudente”, pensó el profesor, casi mareado.

Entonces ella se le colgó del brazo con todo descaro, insistiendo en que le dijera la calle donde vivía, sin dejar de parlotear sobre la ciudad, Guilford, el libro y mil cosas que le salían unas detrás de otras como un torrente. Fernando, resignado, la cubrió con el paraguas.

Nada más llegar a casa, Fernando dejó las fotocopias sobre su escritorio, apartando un poco los papeles y los libros. Con horror, se dio cuenta de que ella, a quien creía haber dejado en el salón, se hallaba a su espalda y con la nariz metida en sus tratados de Iconología. En una circunstancia semejante las personas normales disimulan y ponen buena cara. Así que trató de parecer lo más normal que pudo, aunque la emoción que tenía por dentro apuntaba a una anormalidad absoluta.

—Qué libros tan aburridos! —decía ella, y a continuación echaba unas risas.

—¿Me disculpa un momento, por favor? —musitó Fernando, sacando el teléfono móvil.

—Cómo no, estás en tu casa —replicó la invitada, quien hojeaba con avidez un ejemplar de la *Historia de la Estética* de Tatarkiewicz.

Fernando salió en busca de un lugar más recogido. Entró en el baño y se encerró.

—¿Mamá? —le dijo al teléfono, con tono más bien infantil.

—Ah, cariño, qué raro que llames a esta hora. ¿Te ha pasado algo?

—Pues sí... ¿Conoces a un tal Guilford Christie?

La madre lanzó sobre el teléfono un breve silencio; pero pronto rió.

—¿Ya te has entrevistado con él? ¿Verdad que es un hombre encantador? El otro día me avisó de que vendría a Oviedo. Es amigo mío... Bueno, necesitaba un experto en Iconología y le di tu nombre. Ya sé que es pasión de madre, pero... Oh, espero que no te haya molestado. ¿Estás muy ocupado con el catálogo de Emblemática?

Fernando no sabía qué más decir. Ni siquiera entendía la razón de su llamada. Las palabras de su madre no dejaban lugar a dudas. Ella sabía bastante más que él sobre el propósito de Guilford. Suspiró.

—Podrías habérmelo contado. A mí ese individuo no me ha caído bien. Creo que es un fantasioso mistificador.

Ahora era su lado perverso quien había tomado la palabra. Quería ponerla a prueba. Su madre estaba muda de nuevo.

—Cariño... Guilford es un buen hombre; puedes confiar plenamente —replicó ella, cuando se recuperó, pero con un tono más precavido, *como si ocultara algo*—. Siempre ha tenido los pies bien puestos sobre la tierra. No es ningún alocado, sino un hombre que se ha hecho a sí mismo, como suele decirse. Es admirable. Si no te dije nada fue... bueno... tú eres tan reacio a estas cosas.... Sí, lo reconozco. He hecho mal.

Fernando empezó a ablandarse. El tono de la voz de su progenitora había variado de manera apreciable hacia el desespero o como poco el malestar. Se le pasaron por la imaginación miles de preguntas sobre su vínculo juvenil con el hijo de inmigrante; sobre todo cuál era el significado de ese “siempre” que delataba una persistencia en la amistad muy sospechosa. Pero no le gustaba hacerla sufrir, y menos si era por un seductor de medio pelo. Se despidió con un beso, buscando endulzar un poco la tensión de la charla. Después de colgar, se sintió ridículo. Y de nuevo incómodo, peor que si le tirara la sisa de la chaqueta.

Al regresar al salón comprobó que Cristina estaba allí de nuevo. No obstante, la fisonomía de la sala había cambiado de un modo sustancial. Sobre la mesa de vidrio, que siempre conservaba limpia de objetos extraños y también de suciedad, yacían desparramadas las láminas del *Liber Mundi*. Junto a la pata de la mesa vio los zapatos de la mujer; y el

chaquetón, tirado en el tresillo, mojándolo todo. Sin duda, no era de las que necesitaban invitación para ponerse cómodas.

Corrió a la cocina a ver qué tenía que fuera adecuado para una visita. En la nevera quedaban varios recipientes de plástico con la comida que le preparaba su madre, y que una vez por semana, o con más frecuencia, ella misma se ocupaba de reponer. Calentó en el microondas un poco de guisado de carne, aunque con rabia. Era uno de sus platos favoritos. Malgastarlo con Cristina le parecía espantoso.

—Esto está buenísimo. Y mira que tenías tú poca cara de cocinar bien —dijo la periodista, mientras daba cuenta de los últimos restos de carne—. Es que dan ganas de repetir. Ay, mira, no, que luego viene la dieta, y eso sí que es duro. Me extraña que tengas tan buena planta con estas cosas tan ricas que comes.

Fernando, que apenas había probado bocado, alcanzó la cota superior de la desazón al escuchar el cumplido. En fin. No podía negar que era bastante guapillo (rostro de mandíbulas cuadradas, como los modelos; estatura apreciable, complexión atlética, buenas piernas, buen culo) pero no estaba acostumbrado a que nadie, excepto su madre, se lo recordara. Se empezó a relajar.

—Aunque veo que estás echando tripilla. Ya se nota, ya —añadió Cristina, rompiendo el leve hilo de simpatía que había empezado a tenderse entre ellos.

Era el colmo. Fernando dejó caer la servilleta sobre la mesa.

—Señorita Lara Valls, disculpe si le parezco antipático, pero es que el señor Christie no dijo en ningún momento que usted y yo fuéramos a trabajar *juntos* —y también enfatizó la palabra—. Yo he entendido que cada cual seguirá su propio procedimiento. Es lo más lógico. Nuestros campos de conocimiento son muy... distintos. Estoy por apostar a que nuestro modo de operar lo es de igual modo.

Se guardó decir que el método correcto era el suyo. Incluso el gran Panofsky había acudido a su memoria para apostillar su convicción: «No son pocas las obras de arte que han sido interpretadas por un filósofo o por un historiador de la medicina, y más de un texto ha sido interpretado, y únicamente podría serlo, por un historiador del arte.»

—Fernando, puedes tutearme. Yo veo las cosas de otra manera. En la unión está la fuerza. Propongo que leamos juntos el libro, como primera aproximación. No te vas a morir por compartir unas horas conmigo. Me voy a quedar un par de semanas más en Oviedo. Ya he avisado en la revista. Así que no hay problema. Incluso podría vivir aq...

Fernando se puso en pie antes de que ella terminara de hablar.

—Eso es imposible. De verdad que no quiero ser grosero, pero me parece que usted se toma muchas libertades. No nos conocemos de nada.

—Profesor Bances, no tengas miedo, que no te voy a comer. Solo me interesa la investigación. Me da la impresión de que no te has dado cuenta del honor que nos hace Guilford al permitirnos indagar en los secretos de su libro. Ay, y suéltate un poco, que no eres nada sociable.

—Es cierto, no lo soy. Pero eso no es asunto suyo.

—Está bien. Ocupémonos del libro. Insisto en que establezcamos un plan de trabajo —dijo ella, cambiando el tono, aunque sin perder la sonrisa burlona—. No te pasará nada si después de esta merienda tan contundente miramos una por una las láminas y me explicas cositas sobre esta clase de libros, ¿verdad?

—Supongo que no —dijo Fernando, al ver que pasaba el peligro. Mira que decir que quería quedarse a vivir en su casa... Esa mujer no tenía decoro; era una fresca, o algo peor, aparte de maleducada.

Como no quería que le dejara el salón hecho una pena, Fernando se la llevó a su despacho. Junto al ordenador tenía una mesita auxiliar, que no tardó en despejar de carpetas y papeles molestos.

El profesor, sentado con perturbación al lado de la mujer, tomó la primera lámina, la que tenía la imagen de Ganimedes raptado por Zeus, y la colocó sobre las demás, en medio de la mesa.

Justo en la parte de arriba de la lámina había una filacteria con un lema en latín: *Ad caelum*, escrita con letra humanista, de muy buenas trazas. En el centro, ocupando la mayor parte del espacio, el grabado de Ganimedes, hecho con un detalle casi obsesivo, hasta llegar a mostrar cada hoja de los arbolillos que estaban en el monte sobre el cual ascendía el futuro copero olímpico, enganchado por las garras del águila. Y debajo, un marco, cuajado de adornos, que contenía otro texto más amplio, también en lengua muerta.

—La verdad es que es muy bonito —dijo Cristina, sin quitar los ojos de la lámina; se acercó para apreciarla mejor.

—No es solo bonito. Los emblemas resumen buena parte de la cultura del Renacimiento y del Barroco. Crearon un lenguaje gráfico-literario de una importancia superlativa. Su influencia trascendió a todos los ámbitos de la vida cultural de aquella época, desde la arquitectura hasta la pintura, pasando por la literatura. Incluso el arte de la mnemotecnia, el arte funerario...

—¿Eran todos así?

—Más o menos. Los emblemas constan de tres partes —dijo Fernando en tono profesoral, subiéndose las gafas al puente de la nariz—: *Motto*,

pictura y *epigramma*. Los nombres pueden cambiar, naturalmente. Incluso a veces hasta la configuración. Hay muchas variantes. Es una consecuencia natural del éxito. En algunos libros emblemáticos españoles no existe *pictura*, es decir, dibujo. Por aquel entonces, cuando se introdujo este tipo de literatura en nuestro país, no había muy buenos grabadores y se solía sustituir la parte icónica por una descripción textual.

—Vaya, veo que el atraso de España viene de tiempos remotos —comentó ella, risueña, para enojo de Fernando, que detestaba que lo interrumpieran, incluso cuando lo hacían los alumnos en clase, con mejores motivos. Bastó una mirada suya, por encima de los lentes, para que Cristina entendiera que los comentarios estaban de más durante la exposición erudita.

—El *motto* es este lema que da como título al emblema: *Ad Caelum*. El epigrama se divide en dos partes: en una de ellas podemos leer una descripción de la *pictura*, generalmente en un verso sencillo; en el otro, se aclara cuál es la intención moral o ética: el significado del emblema. La literatura emblemática comprende también otras modalidades poético-visuales como los jeroglíficos, las empresas, los enigmas, laberintos, pregmas... Hum. En este caso, el epigrama sería este texto en latín. Aquí está la explicación —dijo, señalando—. Vaya, esto me suena.

—¿Sí?

—Pues sí. Traduzco sobre la marcha:

«¿Por qué en otro tiempo el autor de La Ilíada cantó los hermosos honores de Ganimedes raptado por la Divinidad?

Ciertamente, el artífice de las cosas, origen de mejor mundo, no es seducido por la forma del cuerpo, sino del alma. Para Ti el mismo nombre de Júpiter Stator; pues el sumo goce para el hombre está en saberse pío consigo mismo. ¿Qué otra cosa quiere para sí la piedad, que conocer la verdad, y cultivarse en la pura destilación de la mente divina? Seducido por ella el mismo Rey Óptimo Máximo, raptándonos para sí nos priva de la odiosa muerte. Así con alegría la mente es llevada para admirar la divinidad. Esto es néctar y ambrosía. Mientras el perro de la obscenidad, ladrando al aire se enfurece, de ningún modo esta pasión animal es propia del hombre. La cual exalta al inferior al triunfo sublime.

Tú también, mente mía, así ojalá brilles.»

»En efecto, es lo que pensaba. Achille Bocchi. *Symbolicarum quaestionum, de universo genere, quas serio ludebat, libri quinque*. Primera edición: Bolonia, 1555. Se considera uno de los libros más hermosos de toda la historia de la Emblemática. El grabador tomó como modelo para su

Ganimedes un dibujo de Miguel Ángel. Sin embargo, este no se les parece mucho.

—Lo que sí es evidente es que Basilius Feuerbach era un copión —volvió a bromear Cristina.

—Otros autores, e incluso arquitectos y pintores, solían inspirarse en los emblemas más famosos, como los de Alciato, los jeroglíficos de la *Hypnerotomachia Poliphili*, de Francisco Colonna o los de Horapollo. Por ejemplo, la *Hieroglyphica Horapollinis* tiene añadido, como colofón, siete láminas de la obra de Colonna —aclaró Fernando, en tono suficiente; se había girado para tomar unos folios y un bolígrafo de otra mesita—. Veamos —dijo, colocando las hojas e inclinándose sobre ellas—. En mi modesta opinión deberíamos hacer un listado de las láminas y establecer la estructura del libro antes de pasar al análisis pormenorizado de cada una de ellas. Si me hace el favor, vaya pasando de una en una las páginas y yo tomaré nota. Debo comprobar si la estructura se ajusta a las descripciones que sobre el *Liber Mundi* nos han dejado otros autores; aparte, eso nos servirá para intentar una aproximación al posible significado conjunto de la obra. El señor Christie está convencido de que esconde la clave de un tesoro; Feuerbach también lo dijo en su momento. ¿No le parece, pues, que esto es lo más adecuado?

Era un tono retador, casi displicente, que, no obstante, resbaló en el buen humor con que ella blindaba su espíritu.

—Oh, sí; lo que tú digas, que para eso eres el que sabe. Ilustra a la pobre ignorante con la brillantez de tus métodos. ¿Ya te había dicho que me llames de tú?

—Juraría que sí —musitó Bances, escribiendo unas líneas, sin levantar la cabeza del papel.

Echaron un buen rato en la creación del esquema. Cristina se distraía cada poco, o se reía de cualquier bobada: *mottos* que sonaban graciosos; dibujos de hombres desnudos... Obligado era para Fernando el no hacer caso de tales interferencias. Estaba muy concentrado, en el punto máximo de su cualidad de aburrido, anotando con minuciosidad los detalles importantes o los que su intuición le dictaba que podrían serlo. Por los avisos que daba ella, temió que su colaboración no iba a llegar a buen puerto. Podía entender que su madre le hubiera recomendado a Guilford (después de todo, y a pesar de su “juventud” estaba considerado una “autoridad”); pero no le entraba en la cabeza que alguien hubiera hecho lo mismo con aquella mujer tan ligera, en todos los sentidos. ¿Qué podía aportar a la investigación? ¿Poner un toque femenino? Casi le entró la risa al pensarlo.

Eran ya casi las ocho cuando terminaron con el trabajo. Fernando estaba satisfecho. El *Liber Mundi* era mucho más hermoso de lo que había soñado. Las descripciones no hacían justicia a la obra de Feuerbach, autor él mismo de los grabados, aunque no muy original en los textos. Que hubiera o no en verdad un tesoro escondido entre la hojarasca de las veinte láminas inventariadas era una cuestión menor. Ya tenía en mente un futuro libro sobre el tratado, que daría mucho que hablar en la comunidad académica. Sus padres, Fernando Bances y Ana Hevia, reputados profesores de Arte, reventarían de orgullo, y él mismo cumpliría con su lema favorito, que cual *motto* renacentista, podía leerse clavado en el tablón de corcho de la habitación: “LO PUEDO HACER MEJOR”.

—No ha estado mal para el primer día, ¿eh? Todo lo que he aprendido; todo lo que me has enseñado... —bromeó ella, ya en el quicio de la puerta—. Bueno, mañana, ¿a qué hora quedamos?

—Sobre las cuatro. Tengo clases hasta el mediodía.

—Qué trabajo tan apasionante... —volvió a burlarse Cristina—. En fin. Aprovecharé entonces la mañana para hacer mis investigaciones. Ya sé que no estaré a la altura, pero chico, habrá que intentarlo.

Fernando cerró la puerta sin despedirse.

Capítulo 3

Una carrera y ya estaba Fernando en el baño buscando un analgésico. Tenía la cabeza como un bombo. Mientras tragaba la pastilla, contempló en el espejo al afortunado hombre que seguía siendo soltero a pesar de todas las asechanzas. ¿Engancharse a algo como Cristina para toda la vida, que fuera dueña de la casa, obligado a verla a diario? Ni de broma.

Respiró hondo.

A pesar de haber aguantado a la fierecilla sin domar andaluza durante horas, la tarde no había resultado del todo nefasta.

Buscó de nuevo las láminas del *Liber Mundi*. Al tocar las fotocopias hasta sentía la excitación que suscitan las cosas únicas en los hombres dotados de sensibilidad. Basilius Feuerbach había sido un dibujante minucioso. Sus figuras y formas se modelaban con una perfección llena de gracia. El estilo era inusual, como si lo hubiera creado ex profeso para aquel libro. Dibujos de un detalle exagerado pero nimbados por un aura de extrañeza, o surrealista, sobre todo por las formas compositivas. Por ejemplo, el Ganimedes. El paisaje sobre el cual volaba el águila con su presa. Montañas, valles, un camino, rocas, restos de murallas, un monasterio que asoma. Pero combinado con la imagen mitológica, el significado se tornaba jeroglífico, no en el sentido que los expertos de su ciencia lo conocían, sino en el más vulgar de algo que ha de ser resuelto para aprehender un mensaje oculto. Estuvo un rato extasiado con varias láminas, hasta que una llamada telefónica lo sacó de sus ensoñaciones. Había olvidado una cita importante.

* * *

No habían pasado ni quince minutos antes de que Fernando llegara a casa de sus padres. Tenía el pulso acelerado; el rostro enrojecido. Pensaba que algo malo tendría que pasar, que su madre lo regañaría por haber dudado de ella o de Guilford. Si no fuera una idea tan ridícula...

La mujer salió a recibirlo. Un beso, dado con la mirada baja, acrecentó la sensación de incomodidad de Fernando, que se tornó casi

confirmación de que algo marchaba mal cuando ella, en un susurro, aprovechando la cercanía de su oreja, le dijo: “No menciones lo de Guilford delante de tu padre. Ya te lo explicaré todo”. Ana Hevia era una mujer madura, delgada y elegante, que recogía en un moño sus cabellos teñidos de castaño, con hebras grises muy apreciables, casi pictóricas. Quien no la conociera pensaría que era una frágil criatura destinada a tareas primorosas o a ser simplemente admirada. Pero su voz era tan firme, tan autoritaria, que Fernando se quedó helado e inmóvil al recibir la orden. Ella lo tomó por el brazo y lo introdujo en la casa.

Esa noche había reunión familiar. No sólo se encontraban allí Fernando Bances padre (el hombre maduro del batín de cuadros, de las gafas gruesas, que apuraba una pipa, o cualquier otro tipo de tabaco, y un coñac en el butacón), y Ana Hevia, sigilosa y fina como una criatura del aire, sino también la hermana de Fernando, Clara, su marido Tomás, y sus dos hijos, Pablo y Anita.

Al verlos a todos reunidos, Fernando experimentó un agradable sentimiento de alivio: solo sucedía una vez cada mes.

Los niños le molestaron tirándole cada uno por un lado de la chaqueta. Querían jugar. Pero, ¿a qué, si él hacía años que no lo hacía? Las fieras tendrían que conformarse con tumbarlo en el sofá y darle una tunda de palos o bien con escuchar algún cuento soso relatado con tono cansino. Pero Fernando prefería sufrir esa humillación antes que conversar con su cuñado. Nada de lo que le contaba lograba excitar su nervio auditivo. Tomasín podría estar horas y horas hablando de cómo Zidane había corrido por la banda y había sorteado a tres defensas antes de marcar gol, repitiendo la jugada desde distintos ángulos; no menos entendido era en política. Él solito arreglaba el mundo expulsando a todos los inmigrantes de España, en especial a los moros, de naturaleza especialmente perversa y tendente a la criminalidad; o con la instauración de la pena de muerte. Fernando siempre se había considerado un hombre de “orden”, es decir, de derechas, pero lo de matar a alguien le parecía incluso antiestético. No estaba hecho para la vida social. Eso de asentir a todo o bien discutir por todo no estaba en su ánimo. Por lo demás, había llegado a la conclusión de que nadie cambia jamás sus ideas durante un debate, sino que más bien al contrario, las radicaliza, y la persona se pone violenta y roja de cara al defender la convicción descabellada a la que es fiel. Por eso él se sentaba mirando al vacío a la espera de que el interlocutor se diera por vencido. Pero nunca lograba cansar a Tomasín, que para colmo recibía la ayuda directa de su esposa (Clara quería hacerlo amigo de su hermano y para ello no tenía empacho en sugerir temas de conversación entre

ambos) o indirecta de Fernando padre, otro discutidor, en este caso de izquierdas, que tenía una visión más “mística” de la existencia. Sí, se trataba de uno de esos hombres que habiendo sido *hippies* o algo parecido en su juventud, aún de vez en cuando defendían utopías como la del amor libre, la anarquía y la Revolución, la que va con mayúsculas, bien arropado en su piso de ciento cincuenta metros cuadrados, y con la mejor vitola en la mano.

Por fortuna, el trance pasó rápido. Fernando no había podido dejar de pensar ni un solo momento en las dos obsesiones que le habían nacido esa mañana y se habían desarrollado a lo largo del día: el *Liber Mundi* y la naturaleza de la relación entre su madre y aquel inglés. Ni siquiera podía cruzar los ojos con los de la mujer madura de cabellos grises que lo había concebido. Ella seguía digna, tiesa y elegante; él se sentía como un niño estúpido conocedor de secretos que pueden ser usados para el mal, pero que no sabe cómo, e incluso se siente culpable por haberlo pensado siquiera.

Antes de marchar recibió muchos besos, pero el de su madre le supo frío. Y la explicación que le había prometido se quedó en el aire.

Esa noche no pudo dormir. Tuvo multitud de pesadillas arquetípicas con águilas de fuego que surgían del mar; salamandras de lomos coloreados; serpientes que se mordían la cola; vírgenes sentadas sobre el lomo de dragones de cuyos pechos brotaban chorros de leche; ancianos portadores de tablas cubiertas por escrituras indescifrables; montañas bordeadas por caminos que subían en espiral hacia una cumbre llena de luz; homúnculos que se desprendían de un suelo sembrado con fetos humanos... Más o menos la temática habitual, solo que situada en un ambiente terrorífico, como si más que las habitaciones cotidianas del sueño visitara en esa oportunidad la antesala de una mansión de espanto, donde se esconden secretos capaces de helar la sangre en las venas, como por ejemplo, el asiento de Dios, o su nombre prohibido, esculpido en un agua pesada que envenena con solo mirarla.

Tenía una clase a primera hora de la mañana. Apenas tuvo tiempo de entrar en el despacho para recoger unos libros, antes de correr al aula. Normalmente, un profesor de universidad no se preocupa por minucias tales como la de presentarse ante sus alumnos a la hora en punto; también en eso Fernando era un bicho raro.

La profesora Salas, de Iconología Práctica, con quien había mantenido una breve relación meses atrás, y que solía dar vueltas por el pasillo del departamento a las horas en que sabía que él llegaba, entró en el cuarto,

justo detrás de sus talones, a paso de gata, tan sigilosa, que solo cuando cerró la puerta Fernando se dio cuenta de que tenía compañía.

—¿De verdad no quieres salir esta noche conmigo? —dijo la mujer, en tono de creciente desesperación.

—No. Cierra la puerta al salir.

—La soledad puede llegar a matar.

Fernando, indiferente pero amilanado, tomó los libros que estaban sobre la mesa.

—Sabes que me gusta estar solo.

—Me refería a mí.

—Luisa, por favor. Tengo muchas cosas que hacer.

—¿Saldrás conmigo otro día?

—Pues creo que no.

La profesora Salas se fue por fin. Fernando pudo respirar a pleno pulmón. Al menos hasta el día siguiente no lo molestaría de nuevo con sus locuras. Le entró un escalofrío al considerar la mala suerte que había tenido al ser elegido de entre todos los profesores varones de la Facultad de Historia como objeto de deseo de una demente. Por un instante se la representó armada con un cuchillo de cocina, empujándolo hacia el altar. Era de naturaleza sosegada, pero nunca se sabe por dónde puede salir esa clase de chiflados. Mujeres así le daban pánico. Y todo por un par de cenas en un restaurante caro, organizadas por su hermana (de vocación casamentera) y algún revolcón de trámite. Pero resistía, seguía resistiendo.

Cuál no sería su sorpresa al descubrir, nada más entrar en el aula, en la última fila, risueña y molesta como siempre, a la periodista Cristina Lara Valls. Fue un choque demasiado fuerte, tanto que se le pusieron los carrillos rojos. Cristina reía y reía, mientras pasaba hojas sobre la mesa. En ese momento no supo ponderar qué tipo de mujeres le parecían más odiosas: las obsesivas románticas como la profesora Salas o las que dan sorpresas inesperadas y no se atienen a las más elementales normas de educación, como Cristina. Los diez o doce alumnos que acudían a la clase no se merecían un espectáculo lamentable, aunque en el fondo a muchos les hubiera gustado verlo, así que no hizo ningún comentario al respecto y dio la lección, mucho más rígido que de costumbre.

Cristina atendió con interés a las explicaciones de Fernando sobre la aplicación de las teorías jungianas al estudio de los símbolos artísticos. Tomó ejemplos de la alquimia, como la liberación del *spiritus* de la *prima materia* al ser calentada, que según Von Franz, discípula del genio, representa la “asimilación consciente de contenidos inconscientemente

activados". La alquimia representaba para Von Franz una auténtica mina de oro, al estar conformada por un corpus de creencias lleno de imágenes del inconsciente, imágenes arquetípicas sin elaborar, en estado primitivo (no como los textos de los libros sagrados, ya expurgados de elementos incómodos), y por ende, ideales para establecer análisis sobre ellos. Los estudiosos del arte también se servían de las teorías psicoanalíticas para sus propósitos. Nadie en su sano juicio (y menos un iconólogo o un psicólogo) podría creer que una lámina como la del *Liber Mundi*, con el águila raptando a Ganimedes, significaba eso y solo eso. Incluso una persona corriente lo intuiría. Tal vez para interpretar correctamente una obra de arte del Renacimiento fuera imprescindible conocer las reglas de la representación occidental, las convenciones sobre perspectiva, los motivos iconográficos que identifican a tal o cual santo... Pero a una imagen arrancada del inconsciente colectivo se le supone mayor amplitud de penetración.

A Cristina le hizo gracia el apasionamiento con que Fernando defendía tales teorías. Era la primera vez que lo veía apasionado en algo, aunque bien es verdad que solo hacía veinticuatro horas que lo conocía.

Mientras él remataba su disertación, abrió un libro que había comprado en un centro comercial de Oviedo. Con un aparatoso marcador rojo subrayó los siguientes párrafos:

«La palabra "Alquimia" viene del árabe, y significa "tierra negra". Se atribuye su creación a Hermes Trimegisto "tres veces grande", que no era otro que el Thot egipcio, dios que dictó a sus adeptos los principios de la ciencia mágica. También es obra suya la famosa Tabla Esmeralda, que se supone encierra los secretos del Arte.

El principio fundamental de la Alquimia es la existencia de una piedra capaz de tornar los metales vulgares en oro o plata, después de un largo proceso de transformaciones. Es la llamada Piedra Filosofal, que cuando se halla en estado líquido recibe el nombre de Aurum potabile, es decir, oro bebible, y se considera el elixir de la inmortalidad. En la Alquimia es inseparable el acto externo de manipulación de la materia de la propia transformación del alma del adepto, quien ha de convertirse, llegado el final de la Gran Obra, en el Andrógino alquímico, que es como decir que llega a ser un auténtico dios.

Las materias primas de las que se parte son el azufre, el mercurio y la sal, cada una de ellas en representación de uno de los elementos de la división ternaria del hombre en alma, espíritu y materia. Es una estructura de tesis, antítesis y síntesis, ya que el mercurio es lo fluido, dinámico, femenino, dual; el azufre lo fijo, estable y masculino; la sal es moderador y estabilizador de ambas tendencias.

Cuando se completan las fases y operaciones, la Sal de los filósofos aparece como unión de los dos principios (coniunctio o bodas alquímicas) y es entonces cuando el alquimista llega al estado del Andrógino, símbolo de la naturaleza dual del fuego secreto. Estos procesos se realizan en un atanor, una especie de horno, que no es sino el propio cuerpo del alquimista.

Existen dos operaciones básicas: la argiropea (transformación de metales en plata) y la crisopea (transformación en oro). La piedra filosofal lograda se podía usar en estado sólido (polvo de proyección o precipitación) o líquido (alkahest o disolvente universal)...»

Tenía más libros en la mochila. Pero Fernando ya había terminado de dar su lección.

—Me ha gustado la clase, pero no creo en la infalibilidad de Jung —le dijo, apenas salieron al pasillo entremezclados en un grupo de alumnos soñolientos.

—A mí, en cambio, no me ha gustado nada verla aparecer por aquí —replicó el hombre, aún abochornado.

—Hum, eres muy raro, Fernandito. En fin. He pasado toda la noche pensando en ti (no te hagas ilusiones), en el libro y en toda esta aventura en que estamos metidos. La tarea de buscar claves ocultas en el *Liber Mundi* será difícil, e incluso puede que no logremos descifrar el libro. Y eso significará que no estaba destinado para nosotros. En ese caso, lo justo sería que devolviéramos el dinero, ¿no te parece?

Aunque Fernando había iniciado la marcha, balanceando el maletín a su costado, con el cuello tieso, al oír tales palabras, frenó en seco.

—Lo que una inteligencia humana ha cifrado otra puede descifrarlo —afirmó el profesor Bances, mirando por encima de las gafas, sin recordar muy bien si la cita era de Poe o de Conan Doyle—. En todo caso, yo no soy criptólogo, sino historiador del Arte. Interpreto según las normas de mi ciencia. Y no pienso devolver ni un euro.

—¿Y la intuición qué? Hablaste de eso en tu clase. Pero no se trata solo de intuición, sino de que solo es descifrado el secreto que quiere ser descifrado.

—Respeto sus ideas *místicas* —dijo Fernando, con un poso de inevitable desdén—. Pero no trate de contagiármelas. He firmado un contrato donde me comprometo a buscarle cierto significado a un libro, no a encontrarlo efectivamente. Mi esfuerzo, aun infructuoso, vale dinero.

—¿Lo ves? Esa es la clase de actitud materialista que hará que fracasemos. Quien pretende tener éxito en cualquier tarea espiritual prepara su mente, su corazón. El camino del iniciado y del héroe...

—¿Me disculpa? Tengo otra clase dentro de una hora. He de pasar por la biblioteca a devolver un libro.

—Oh, eres increíblemente antipático. Muy bien. Esta tarde iré a tu casa. Y no se te ocurra no abrirme.

Fernando observó con repugnancia cómo ella se giraba y se dirigía a la salida. “El camino del iniciado”. Su único camino era tratar de hacer las cosas lo mejor posible, siguiendo las pautas de la “excelencia” (adoraba esta palabra). Todo lo demás le sonaba anacrónico. Sí, sabía muy bien que los antiguos, los mismos que habían creado las obras de arte que se exponían en museos y palacios, y que eran su religión profana, tenían esa clase de ideas. De hecho, parte de su trabajo consistía en conocer las elucubraciones sobre dioses, santos, astros, etcétera, con las que la fértil imaginación humana había sembrado los renglones del tiempo. ¿Quién podía, no obstante, creer hoy en día en dragones y aves fénix?

* * *

Tres cuartos de hora más tarde de lo que había prometido, Cristina se presentó en casa de Fernando, que ya llevaba bastante rato trabajando sobre las láminas del *Liber Mundi*.

—Hola, traigo regalitos para ti —dijo la recién llegada, que abrazaba un buen montón de libros y revistas.

Cruzó la puerta con ellos, pero en cuanto se sintió en terreno ajeno, se los pasó al anfitrión, quien hizo una mueca de sufrimiento, como si se le hubiera pinzado un nervio en la zona lumbar.

—Vaya, veo que estás muy aplicado —dijo ella; al echar un vistazo a la mesa del despacho, donde estaba la pila de las fotocopias, había visto, a su lado, un montón de folios con notas. Mientras Fernando soltaba la carga en el primer espacio libre de una cómoda, Cristina tomó la lista de las láminas hecha por el profesor, numerada según el mismo orden del *Liber*, y con breves descripciones de su contenido.

—Has trabajado en serio —repitió Cristina, admirada; en otras hojas se distinguían gráficos, notas, y textos más largos—. ¿Esto qué significa? —señalaba un cuadro donde aparecían los números de las láminas distribuidos en dos columnas. Había muchos huecos y unas marcas trazadas con diferentes colores.

—Vayamos por partes —interrumpió Fernando, con un jadeo—. ¿Qué son todos estos libros?

—Pues documentación sobre esoterismo, doctrina rosacruz... He encontrado material interesante sobre la Alquimia en la biblioteca.

Que ella pusiera en duda que tuviera nociones de esos temas, le irritó sobremanera. No obstante, Fernando tenía que admitir que no comprendía muy bien las sutilezas de la Gran Obra, y que más bien se limitaba a memorizar los símbolos y sus significados sin profundizar en el misterio. Después de todo, esa no era su labor. No se había acercado a tales pseudociencias por interés, sino únicamente para interpretar *emblemas*, *empresas* y *enigmas* relacionados con ella. Puso los brazos en jarras. Su expresión de cólera infantil reprimida por la cortesía hizo que Cristina se riera con poco pudor. Fernando se colocó las gafas y se sentó. No quería más dilaciones. Cuanto antes terminaran antes se iría ella.

—Bien, esto es lo que he sacado en limpio en una primera aproximación: se observa que existen algunas láminas duplicadas o muy similares en su estructura. Por ejemplo, las láminas III y V. En una aparece un sol sobre un camino y un número ocupa su centro; la otra es idéntica a la primera, con la diferencia de que en lugar de un sol hay una luna, y en lugar del número 12 está el 20. Esto tiene que tener un significado.

»Por otro lado, las láminas XII y XVIII. En ambas aparece, de fondo, una bóveda celeste estilizada con estrellas y planetas; y ambas parecen representar una ciudad o por lo menos algún tipo de elemento arquitectónico, como palacios, etcétera.

»Me llama la atención que sólo en la primera lámina, la de Ganimedes, hay un *epigramma* o texto aclaratorio del contenido. En los demás el dibujo y el *motto* van solos.

»He puesto a la derecha un listado de dibujos que tienen un simbolismo alquímico más o menos claro; y a la izquierda, aquellos que resultan de interpretación más dudosa. Nos espera un arduo trabajo.

Capítulo 4

Lámina I *Ad Caelum*

Un joven arquero (Ganimedes) es llevado por un águila (Zeus) hacia lo alto de una montaña. Sobrevuelan un paisaje muy detallado, en el cual aparecen tres montañas y un valle. En una de las montañas se levanta un monasterio; en el valle hay otro de menor tamaño, casi una capilla. Cerca de la cumbre se ve una cueva de la que escapa una luz, metida en una copa de piedra, que tiene de adorno un disco solar. Un hombre y una mujer desnudos se dan la mano junto a la copa. Un muro de piedra recorre la montaña como una serpiente. Un fénix envuelto en llamas y un unicornio aparecen en la esquina superior derecha e izquierda respectivamente.

—El águila es símbolo del espíritu entre otras cosas. Todo en el emblema hace suponer que se trata de una alegoría del ascenso del espíritu hacia Dios. El lema *Hacia el cielo* es bastante explícito al respecto. El Águila está consagrada a Zeus, padre de los dioses. En la antigua Roma, este animal simbolizaba el tránsito del alma del difunto emperador al estado de divinidad. Es lo que se llamaba “apoteosis”. En la literatura emblemática la aparición de Ganimedes solía tener este significado de ascenso. Pero esas montañas...

—Parecen un lugar real. ¿Dónde podría estar? — preguntó ella.

—De momento no es posible saberlo. La luz que sale de la cueva y esa pareja... Y hay una copa, un cáliz. Una alegoría de la *coniunctio*. Quiero decir lo de la pareja —dijo Fernando, absorto—. La cueva remite a la Madre Tierra. Lo mismo que ese muro de piedras que corre a lo largo de la falda de la montaña. Es una serpiente, símbolo de las energías telúricas. El fénix y el unicornio son representaciones del Hijo Alquímico, fruto del coito entre el Rey y la Reina, es decir: de la Piedra Filosofal. Así que por un lado, tenemos un significado celeste de ascenso y espiritualización, y por otro, un vínculo con la materia primigenia, base para iniciar la Gran Obra, el proceso de transmutación. Este —señaló— es el símbolo del

mercurio, otro de los nombres de la materia aún tosca y sin trabajar. Y yo juraría que la lámina XX representa precisamente a la Primera Materia.

— La XX, ¿eh? Bueno, recuerdo lo de la luna con un 20 dentro. ¿Habrá relación?

—No lo sé. Esto es nuevo para mí. Nunca había analizado un libro de esas características buscando “algo”. Normalmente yo hago juicios estéticos y semánticos, pero no cazo tesoros.

—Quizás sea más fácil de lo que pensamos. En la mayor parte de los mapas del tesoro la clave está a la vista. Son los ojos eruditos los que se resisten a verla.

La risa floja de Cristina alteró los nervios del joven profesor, que tamborileaba con los dedos sobre la mesita como para llamarla al orden.

—Seguro, continuemos con el análisis.

Lámina II Mons Sacrum

Un monte al lado del mar. Un monje sube por un sinuoso camino con un gran arcón a las espaldas. En lo alto del monte hay dos iglesias, una de ellas octogonal y un pozo. Muy cerca se levanta una gran piedra o dolmen. Aparecen las palabras “No hay lugar más santo”, y un fondo de cielo en el cual se alternan leones que devoran soles, con lunas.

—Otra montaña...

—“No hay lugar más santo”. Parece un lugar de peregrinación. El camino empinado remite a un trayecto iniciático. Abundan los caminos y las montañas en este libro. Y esa serie de figuras del cielo seguro que encierra alguna clave...

—La iglesia octogonal tiene que ver con los templarios, ¿no? —dijo ella, inclinada sobre el grabado.

—Es un mito extrañamente admitido por personas poco cultivadas en el arte el que toda iglesia octogonal ha de ser templaria. No fueron los únicos que las hicieron en esa forma. Pero ese no es importante ahora.

»Veamos...

Lámina III

Sol

Un gran sol en medio del cielo sobre un camino. Tiene una letra hebrea dentro que representa el número 12.

Lámina IV

Gladius in lapidem

Una espada clavada en una piedra cúbica. De la espada cuelga una filacteria con una leyenda indescifrable, quizás un anagrama, en alfabeto desconocido (posible lengua watan o lenguaje enoquiano). Hay, en segundo plano, una ciudad de cristal, un gran árbol con manzanas de oro, custodiado por un oso.

Lámina V

Luna

Una gran luna otra vez sobre un camino. Tiene en su interior una letra hebrea que simboliza el número 20.

»Las láminas III y V tienen una interpretación bastante evidente, ahora que lo pienso. Hay unos caminos. Sugieren la existencia de una duplicidad. Pensemos con lógica. La alquimia reconocía la existencia de dos vías: la húmeda, que se supone es la más sencilla y de más larga duración (veintiocho meses filosóficos) y la seca, la más difícil, pero que se concluía en cuatro meses filosóficos. Esto es lo primero que se me ha ocurrido y parece tener sentido.

—¿Y los numeritos?

—Eso ya resulta más complicado.

—Se nota que no has leído muchas novelas de misterio. Para mí Feuerbach está diciendo al lector: “Venga, hombre, esto es un mapa del tesoro; sigue las pistas; vete de una vez a la lámina número X para obtener la siguiente pista”.

—Sería demasiado obvio, ¿no le parece?

—Bueno, el mismo Feuerbach escribió en la carta a su hijo que había una clave, una guía para alcanzar “algo”. Estoy pensando cómo lo hubiera hecho yo. Quizás sea lo obvio lo último que se le ocurra a la gente. Ah, me gusta mucho esta lámina, la IV —saltó de pronto, la mujer—. ¿Sabes a qué me recuerda? Al mito artúrico. He leído bastante sobre el tema. Todo lo relacionado con el Grial, Arturo y esas cosas me apasiona. La espada en la roca puede ser Excalibur.

—Ya lo veo venir: la ciudad de cristal es Glastonbury; el manzano hace referencia Avalon (La Isla de las Manzanas, de la palabra antigua “*appfel*”, manzana), y el oso...

—Oso es *arktos* en griego, es decir, Arturo.

—Continuemos, que aún quedan muchas...

Lámina VI

Huevo filosofal

El huevo filosofal y el atanor

Lámina VII

Turris insulae

Una torre subida en lo alto de un montículo, en una isla. Una alegoría de Aquilón, el viento nordeste (un anciano con cabellos blancos, en total desorden), y un número (8888). Un pozo guardado por un bosque de robles, en una isla cercana. Uno de los robles tiene doble tronco. Hay un tonel con un sol dentro (toneles: portadores del tártaro, con el cual se origina el Fuego Secreto)

—Otra lámina, la VI, con significado alquímico probable.

—Y otra que no me recuerda a nada. Si acaso a la carta del tarot, la torre destruida por el rayo.

—No veo ningún rayo...

—Dije lo primero que me vino a la cabeza. Hombre, qué literal eres. Tenemos que dejar volar la imaginación en busca de respuestas. Acércame el libro sobre tarot. A ver —dijo ella, abriendo con rapidez el tomo que Fernando acababa de pasarle. Avanzó unas cuantas hojas hasta exclamar—: Aquí. «La torre herida por el rayo. Es un símbolo de ascensión hacia lo divino, relacionada con el mito de la Torre de Babel y el deseo del hombre de trascender su esencia mortal para unirse a los dioses o alcanzar su estado. La torre está vinculada a la virgen María». Por cierto, ¿cómo sabes que esos arbolitos son robles?

—Son robles. Si usted ha estudiado mitología —Fernando pronunció con sorna la palabra “estudiado”— sabrá que era un árbol sagrado para los celtas. De hecho, según Plinio la palabra *drus*, “roble”, fue la que dio nombre a los druidas, hombres santos célticos. Los frutos del roble proporcionan la inmortalidad. Además, está asociado a Júpiter y representa la unión entre el cielo y la tierra. Aunque la traducción correcta al castellano sería “encina”. Antiguamente se creía que la encina atraía el rayo más que otros árboles.

—Es curioso la cantidad de veces que han salido a relucir ciertas palabras como inmortalidad y ascenso a los cielos. ¿En qué podría consistir este tesoro? Ya estoy empezando a fantasear...

—Por favor, no lo haga hasta no haber terminado con todas las láminas —rogó Fernando.

Lámina VIII

Coniunctio

Conjunción del Rey y la Reina

Conjunción mediante el fuego secreto. Dos figuras desnudas enlazadas y un fuego bañándolos. Símbolos relacionados con el Andrógino o Piedra Filosofal.

Lámina IX

*Piedra Roja - oro de los filósofos - azufre de los sabios
Sale de la madre y hermana Isis (Rosa Blanca)*

Lámina X

Cristalización

Mercurio de los sabios

Lámina XI

Albedo (blanco)

Varios cisnes revoloteando en torno a la diosa Diana

—Este grupo de láminas parece puramente alquímico. Ya he señalado la presencia de un número muy significativo de ellas que tienen una adscripción clara; aunque todos los símbolos escritos, esas letras en alfabeto desconocido, podrían añadir detalles que se nos escapan, relevantes, por supuesto.

—Lo lógico sería pensar entonces que el secreto que esconde el libro está relacionado con la consecución de la Piedra Filosofal. Como un recetario en clave.

—El señor Christie quizás le ha dado demasiada importancia a la carta de Basilius Feuerbach. A mí el libro me gusta porque es una obra de arte, pero no creo que contenga ningún tipo de revelación. Hay que verlo dentro de su contexto histórico e ideológico. Ya le he repetido hasta la saciedad que la Alquimia, en el fondo, es un proceso espiritual, o como diríamos ahora, psicológico. El operador siempre cambia, si ha habido éxito.

—¿Siempre eres tan poco romántico?

—Procuró serlo.

—Pero imagina por un momento que Basilius de veras hubiera creado la Piedra Filosofal, y que hubiera querido transmitir ese secreto. Lo cifró para que solo los iniciados, *los que lo merezcan*, puedan alcanzarlo también.

—Seguro que nosotros no lo merecemos —bromeó Fernando; por la falta de costumbre, la sonrisa de medio lado le quedó muy artificial: no sabía ser engreído con gracia. Antes de que ella dijera una nueva palabra, mostró el siguiente grupo de láminas.

Lámina XII
Rosa del cielo

Cruz. Rosa. Un cordero alusivo al signo de Aries que porta un estandarte. Bóveda celeste con estrellas. Una ciudad rodeada por seis círculos. Las siglas PONT. EUX. En la zona libre de la bóveda, en un lado LOTHOS, y en el otro ILION. Casa de aspecto renacentista con una torre.

Lámina XIII
Putrefactio

Un cadáver encerrado en un ataúd rodeado de serpientes tricéfalas que representan la fase de putrefacción o nigredo. Un reloj, que simboliza a Cronos/Saturno, dios del tiempo, preside la escena. Hércules limpiando los establos de Augías.

Lámina XIV
Etapa del pavo real

Lámina XV
Ora et Labora

Una vieja mansión esquemática con símbolos sobre la puerta: una rosa y una cruz de nuevo.

La imagen de un laboratorio alquimista, dibujada en perspectiva. A la izquierda hay un oratorio; a la derecha están los instrumentos alquímicos y una chimenea. Una figura señala a una chimenea, sobre la cual aparece un león devorando un sol. Una espiral, vinculada simbólicamente con la evolución del universo y la órbita lunar, está sobre el león.

Lámina XVI
Axis Mundi

Tres puertas, dos de ellas cegadas. Un joven heliocéfalo estrangula a una serpiente. Un ónfalos de piedra blanca, custodiado por dos águilas de fuego, en medio de un lago que señala el centro del mundo.

—La lámina XII creo que se refiere a la ciudad francesa de Toulouse —sugirió repentinamente Cristina, para desconcierto del profesor—. El cordero que sostiene la cruz no es el símbolo de Aries como tú dices en tus notas, sino el emblema de la ciudad. La leyenda LOTHOS que hay en la derecha es un anagrama. Ordenado significa “*tholos*”. La forma antigua del nombre de Toulouse es Tholose. Además, según algunos historiadores esta ciudad fue fundada por Tholos, un héroe troyano, de ahí lo de ILION, que es Troya en griego. *Tholos* puede representar también esa cúpula celeste. Esa es la forma que tenían los enterramientos micénicos del mismo nombre, ¿no? *Pont. Eux.* es Ponte Euxino. Antiguo nombre del Mar Negro. Toulouse se encuentra situada en el sexto clima del mundo, según la división que se hacía de la Tierra, es decir, el paralelo del Ponte Euxino. Por eso hay seis círculos rodeando la ciudad. Es evidente: ese dibujito representa a Toulouse.

Fernando tenía la boca abierta, pero se la cerró haciendo un esfuerzo muscular superlativo.

—Muy aguda... Pero habrá que comprobarlo.

Fernando buscó de inmediato un libro sobre heráldica de ciudades francesas. Era un tomo muy gordo, de tapas impolutas, pero que él manejaba con la soltura que da la costumbre. Mientras ella comparaba la lámina XII con la XV, él tomó notas en un cuaderno.

—Pues, en efecto, el cordero y la cruz forman parte del escudo de la ciudad de Toulouse —reconoció de mala gana—. Aunque sea de pura “casualidad” —matizó— parece que ha acertado en su análisis.

Cristina rió.

—Hum, he de confesar que he hecho un poco de trampa. Ayer me llamó la atención la lámina; me recordó ciertas lecturas sobre interpretaciones de las *Centurias* de Nostradamus; y esta mañana he buscado información sobre el tema. Al releer fragmentos de un libro de Gérard de Sède descubrí lo del simbolismo de Toulouse. Además, la mención de Nostradamus no es ociosa. En la biografía de Basilius Feuerbach se cuenta que viajó a Provenza y Languedoc con su padre en 1555, cuando tenía diez años, y conoció al profeta, a quien causó una gran impresión. De hecho algunos autores consideran que pudieron pertenecer a la misma sociedad secreta y que el de Salon le confió informaciones sobre el tesoro. Es más, hay quienes creen que Feuerbach no es el autor del *Liber Mundi*,

sino solo uno más de una larga cadena de custodios. De hecho, algunos rosacruces de la actualidad aseguran que su orden es mucho más antigua de lo que la gente cree y remontan sus orígenes incluso a la época del Génesis, a Adán. Bueno, por decir... También convierten en miembros de su orden a Dante, Bacon, Durero... Incluso a Wolfram von Eschenbach, autor de *Parzival*, el libro más completo que se ha escrito sobre el mito del Grial. De modo que he ido sobre seguro. No creas que yo sé todas esas cosas de memoria. De momento, no me he convertido en un libro como tú. Vaya, no me traje mis *Centurias*, pero podemos consultarlo por internet.

Él lanzó un suspiro de resignación. Pronto, los dedos de Cristina se habían apropiado de su teclado. En la pantalla del ordenador aparecieron los resultados de la búsqueda antes de que él pudiera emitir una señal de protesta.

—Aquí, en la primera Centuria, estas cuartetas:

XXIX

En el cuarto pilar donde se consagra a Saturno,
Por temblante tierra y diluvio hendido.
Bajo el edificio Saturnino encuentra urna,
De oro Capión encantado y luego rendido.

XXX

En Tolosa (o Toulouse) no lejos de Beluzer,
Haciendo un pozo hondo, palacio de espectáculo.
Tesoro hallado, cada uno irá a vejar.
Y en dos sitios muy cerca del ara.

»Es muy interesante. Nostradamus y Feuerbach se conocían; los dos hablan de un tesoro de naturaleza indefinida pero que podría tener relación con el famoso “Oro de Toulouse” (lo digo por lo de Capión, que no es otro que Cepión, el gobernador romano que lo robó, y que fue víctima de su anatema; “edificio saturnino” podría ser la iglesia de San Sernín o San Saturnino); Feuerbach dibuja algo que parece esa misma ciudad... Creo que vamos por buen camino.

Fernando carraspeó. Necesitaba un respiro. Aquella mujer pensaba y hablaba demasiado rápido. En avalancha, las palabras parecían todas sensatas; si es que casi lo estaba convenciendo...

—Déjese de Nostradamus por el momento. Aunque sea de pura “casualidad” —matizó— parece que ha acertado en su análisis. De todas formas, incluso los falsos científicos a veces manejan fuentes solventes.

—¿Falsos científicos? Aquí lo que importa es acertar. Entonces ¿quedamos en que el autor habla de Toulouse?

—De momento vamos a decir que sí —Fernando pasó la hoja—. La lámina XV es muy similar en su estructura a una de Khunrath, del *Amphitheatrum Sapientiae Aeternae*, donde se puede observar el estudio de un alquimista. Diría que Basilius se basó en este dibujo. Las similitudes son notables. Aunque faltan los instrumentos musicales de la mesa que hay en su grabado, la gran sala es idéntica.

—El individuo de la lámina señala a algo... —añadió Cristina, distrayéndose con la imagen en perspectiva, con punto de fuga en el infinito.

—Diría que a la chimenea de la derecha, al pomo en forma de león. El león es símbolo de la Obra, y, además, un guardián de tesoros. En Alquimia se corresponde con el azufre. Aunque también se le llama a veces “fuego filosófico”.

—Bien, parece una indicación obvia.

—También lo es la siguiente —susurró Fernando, deleitado con la lámina XV—. Observe el lema “*Axis mundi*”. El centro del mundo. Una piedra redondeada en medio de un lago subterráneo, dentro de una cueva quizás. El joven que estrangula la serpiente es Apolo, dios del sol. Todas las indicaciones hablan del santuario de Delfos, considerado en su tiempo el centro del mundo y custodio del ónfalos (ombligo) que lo representaba.

—Ah, me alegro de que una vez más se apoye mi teoría —saltó Cristina, mostrando un entusiasmo espectacular—. ¿No lo ves? El oro del santuario de Delfos fue saqueado por los galos y llevado a Toulouse. Ocurrió en el año 278 antes de Cristo. Un galo llamado Brenno se lanzó sobre el templo con treinta mil hombres. Se dice que el botín fue arrojado a un lago en la ciudad. Más claro agua, nunca mejor dicho.

Era muy graciosa, o eso creía ella, pero los músculos de Fernando no perdieron la disciplina de la seriedad.

—De verdad que estoy admirada —continuó ella—. Lo que Feuerbach ocultó no es otra cosa que el Oro de Toulouse, o el Oro de Delfos, el oro maldito del que también hablaba Nostradamus en sus cuartetas. En 118, Quinto Servilio Cepión, el procónsul de la Narbonense, se llevó casi setenta toneladas de oro, pero no pudo llegar muy lejos, ya que fue asaltado por el camino. Ese tesoro, evidentemente, sigue en Toulouse, al menos una parte. La vía del sol... Lo malo es que nunca se ha encontrado

un lago en el sitio que indica la leyenda: se dice que había un templo dedicado a Apolo, dios del sol. Todo encaja.

—Usted ha dicho que no hay lago en Toulouse, así que no todo encaja. Mire, estoy un poco cansado y tengo otras obligaciones. Vamos a terminar con el repaso a las láminas de una vez.

—Como gustes.

Las últimas cuatro aparecieron ante sus ojos. Fernando hizo menos comentarios que con las precedentes, limitándose a repetir las notas que había escrito sobre cada una. Estaban en esa fase de todo trabajo en la que agotadas las mentes se procura ir lo más deprisa posible, sin prestar casi atención, para terminar e ir a tomar un bocadillo. No le gustaba dejar nada a medias.

Lámina XVII

Rocío primaveral

También conocido como rocío de mayo. Al ser aplicado sobre la materia prima genera el fuego secreto (primer agente). Aparecen varias perlas (sal filosófica en estado casi líquido).

Lámina XVIII

Cavea vastiatonis (Cueva de la Ruina)

Un astrólogo rodea un libro con escrituras en diversas lenguas, y un cáliz. Otra bóveda como la de la lámina XII. Una cueva con una especie de laberinto. En una estancia, un velo. Un hombre mira horrorizado lo que hay detrás. Una iglesia de aparejo ciclópeo, al lado de la cual hay un hombre con el brazo amputado desde el codo. En una nube, una alegoría del dios Euro (dios impetuoso, que vuela con los caballos de la Aurora, desde el Oriente; es joven y siembra flores a su paso; su tez es morena) y un número colgando de ella (7160).

Lámina XIX

Fons aetatis

Una fuente de la que mana agua al pie de una montaña y que es elixir de la inmortalidad ("fons aetatis" es fuente de la edad, o de la inmortalidad), alimentada por trece manantiales. En lo alto de la fuente brilla un rubí (alusión a la Piedra Roja). El paisaje es similar al de la lámina I, con las tres montañas, etc. Un camino parte de allí hacia un lugar donde hay símbolos masculinos y femeninos enlazados. Un sol y una luna.

Lámina XX

Materia Prima

Hexaedro o cubo -bola roja- estrella de cinco puntas.

Cristina insinuó que el dibujo de la lámina XVIII le recordaba a algo que había leído, una vieja leyenda o algo así, aunque no fue capaz de concretar su evocación, de modo que Fernando creyó que hablaba por hablar. A ella le indignó su duda, y se estrujó las neuronas tratando de localizar ese recuerdo esquivo. Como no lo lograra, él se centró en la descripción simbólica de la lámina siguiente, en donde sacó a colación la fuente que representaba, según él, el Elixir de la Vida y también la Piedra Filosofal. Un curioso simbolismo que le dio pie a elucubraciones acerca de la naturaleza circulatoria de ese fluido que terminaba por volverse inmóvil, es decir, por alcanzar el estado perfecto de Dios. Esas cosas tenían los antiguos, que hacían de los opuestos uno.

—De eso trata la alquimia: la unidad de uno mismo —peroró Fernando, mientras se frotaba los ojos y cerraba el cuaderno.

—Yo también estoy cansada —dijo ella; se estiró como una gata; luego engulló un trozo de pastel que guardaba en un papel de aluminio—. Adiós dieta. Bien —masculló, con la boca llena—. ¿Podemos hacer un resumen de las conclusiones de este estudio preliminar?

—En mi opinión es un asunto enrevesado que...

—Hum, déjame hablar —se adelantó Cristina, pegándole un golpe en el brazo—. Siguiendo tus ideas, aquí lo que hay son dos vías. Una empieza con el sol; otra con la luna. Dos mensajes paralelos a los que se llega siguiendo las pistas dadas por el propio libro. Lo único que hay que hacer es ordenar las láminas de manera que podamos definir en qué vía está cada una. Bien, según dices, hay dibujos con significado alquímico claro; otros son más oscuros. Así que sugiero que esa puede ser la diferencia entre los dos caminos. Las figuras alquímicas están en un lado, y significan algo totalmente diferente, o quizás complementario del otro mensaje. Dos libros en uno. No sé si me explico.

—Pero yo creo que...

—Es evidente. Toulouse, el tesoro de Delfos, Nostradamus, la Piedra Filosofal, el Grial, la inmortalidad... Hemos de unir toda esta mezcla para darle forma. Como hacían los alquimistas, tal cual. No hay otra manera que operar sobre esta materia para lograr el secreto. Ese es el camino correcto. Toda una aventura espiritual! ¿Vas a llamar tú a Christie o lo tengo que hacer yo? Nada, no te molestes; ya lo llamo yo. Es un hombre tan interesante...

—¿Acaso lo conoce?

—Solo con mirarlo supe que tenía un buen fondo. Hace muchas obras de caridad, ¿sabes? Es un miembro muy destacado de organizaciones cristianas en el Reino Unido. Mira, ese es su único defecto: que es creyente.

—Eso que me dice no se puede saber “con mirar” a una persona —musitó Fernando, receloso.

—Oh, claro que no; qué obtuso eres. Lo he investigado un poquito. Pero aunque no lo hubiera hecho. En sus ojos no hay oscuridad. Eso se siente.

Fernando se guardó las ganas de preguntar qué veía en los suyos. Sentía curiosidad por conocer su valoración “intuitiva”, pero no la necesidad de dar pie a un malentendido. ¿Malentendido? Oh, sí. Bastaría que le preguntara algo tan “íntimo” para que ella empezara a figurarse cosas, tal vez la existencia de un supuesto interés. Igualmente, se vería abocado a una conversación sobre temas que solía tener encerrados bajo siete llaves. Pero no quiso desaprovechar la ocasión que la presencia de una periodista chismosa le proporcionaba.

—Hábleme de Guilford Christie...

—El señor Christie es dueño de una cadena de restaurantes de comida española. Empezó trabajando en la taberna de su padre, pero pronto logró crear un negocio propio. Siempre me han caído bien los hombres que se hacen a sí mismos! En diez años ya poseía varios restaurantes. Hace cinco murió su esposa. Desde entonces se volcó en ayudas a los desfavorecidos. Creó una fundación para dar becas de estudio a jóvenes sin posibilidades. Se trata de escuelas de cocina. También les facilita el empleo a los mejores. Es un gran benefactor, y amante de las cosas antiguas. Le apasiona el misterio y el esoterismo. Casi todos los veranos hace el Camino de Santiago a pie desde Roncesvalles. El deporte de aventura es otro de sus *hobbies*. A su edad se mantiene en plena forma. Claro, si hasta ha subido al Montblanc... y practica la espeleología cuando sus numerosas ocupaciones se lo permiten.

—Apasionante —dijo Fernando, sin mostrar pasión, más bien frío, imaginando al hombre modélico con un ramo de rosas bajo el balcón de su madre.

—Para que veas que algunos hacen cosas por los demás, y tienen vidas plenas.

El profesor Bances se sintió directamente aludido por el comentario, mas no devolvió la ironía. A aquellas horas y con el estómago en estado de espera su capacidad para el sarcasmo se hallaba muy disminuida.

Capítulo 5

Todavía horas después de despedir a la periodista, Fernando se sentía abrumado. Las teorías de Cristina le parecían indemostrables, aunque lógicas a su manera. También era posible que el mensaje cifrado fuera de tal condición que permitiera dobles y triples lecturas, todas ellas válidas, pero solo una correcta, si se puede decir así. El caso es que había trabajo para rato, y todo ese tiempo habría de compartirlo con ella. De momento, consideró adecuado tomar como hipótesis de trabajo la que sugería la existencia de dos mensajes ocultos paralelos, el de la vía húmeda (iniciado en el Sol) y el de la vía seca (iniciado en la luna). Para los alquimistas la segunda era siempre la más difícil, reservada solo para grandes sabios e iniciados; dado que se sentía identificado con esta definición, y no quería gastar mucho tiempo (era la vía rápida, en cuatro meses lo dejaban todo resuelto), optó por centrar en ella los primeros días de investigación.

Al día siguiente, Cristina regresó con más libros. Fernando pensó que era una tontería, si no iban a tener tiempo de abrir ni la tercera parte. Para ella, sin embargo, la mayor dificultad parecía una piedrecita en el camino.

Fernando ya había apartado las láminas que hipotéticamente correspondían a la vía B, la lunar, iniciada por la número V, y que mostraban fases u operaciones relacionadas con la Gran Obra. Algunas eran de dudosa adscripción; no obstante las incluyó también. A Cristina le pareció buena idea, muy metódica, la de ir por partes, pese a ser defensora de ideas holísticas, que según ella definían mejor el modo de actuar femenino.

El estudio de la vía lunar no deparó grandes sorpresas ese día, ni en los posteriores. Cristina la llamaba “la vía muerta”, y él casi llegó a pensar que en verdad se trataba de un callejón sin salida. Nada que mostraran los dibujos era novedoso o extraordinario. Ni unidos unos con otros a modo de frase visual componían significados más allá de las doctrinas abstrusas de la Alquimia más típica. Bien es cierto que su falta de conocimientos profundos sobre el tema les impedía atravesar el velo simbólico

extendido sutilmente por Basilius Feuerbach sobre su obra. Consultaban los tratados clásicos de Valentín Andreea, Nicolas Flamel, el Trevisano, Zósimo, Geber... sin lograr la iluminación necesaria. Libro para alquimistas que sólo uno del gremio, iniciado en misterios no compartidos con los profanos, podría llegar a entender del todo. Entonces Fernando se empecinó en que había elegido el camino equivocado; pensar que el otro era más fácil de recorrer pero más lento no fue acicate para su entusiasmo.

Durante el tiempo que Cristina pasó de vacaciones en Oviedo no se la quitó de encima ni un momento. Cuando terminaban de examinar las láminas y de probar combinaciones, ella exigía que le enseñara la ciudad. Era muy embarazoso. Pero eso no era lo peor. Cada vez que tomaban un descanso, ella sentía la necesidad de contarle su vida, gesticulando, hablando muy deprisa. Nunca se le había dado bien lo de escuchar dramas ajenos. Era un problema genético. Si alguien le atormentaba con sus tragedias domésticas, se le revolvía el estómago. No lo podía evitar. Y Cristina poseía la rara facultad de tener mucho que contar. Estaba insatisfecha con su trabajo y su mayor sueño era escribir novelas (¿Y a mí qué me importa?); la habían traumatizado en el colegio de monjas donde había pasado su infancia (Bueno, tendrás que asumirlo); no se trataba con varios miembros de su familia (Qué horror, ¿por qué me cuenta estas intimidades?); era tonta, siempre daba con gente que la engañaba, sobre todo hombres (Eso no lo dirás por mí); en fin, una telenovela con un mal guionista y una heroína sobreactuada. Ah, y como suele ser común en ese tipo de personas, de pronto dejaba su parte y exigía que el interlocutor dijera sus líneas. Fernando se quedaba callado mientras pensaba en una excusa creíble, que al final solía ser “no hablo de mi vida privada” o frases sueltas poco comprometidas que no satisfacían el monstruo indiscreto que Cristina llevaba dentro. Eso sí, le dio una larga opinión acerca de la revista donde trabajaba, “esa de los extraterrestres y los fantasmas”, tras hojearla con un sentimiento mezcla de perplejidad y desgana: “Todo esto es mentira”, y la consiguiente argumentación artículo por artículo, y noticia por noticia. Ella se reía. No podría decirse que ni puesta en duda la seriedad de su empresa se sintiera a disgusto en aquella casa y con aquel hombre.

La profesora Salas seguía entrando todas las mañanas en el despacho de Fernando en busca de un sí que no llegaba ni llegaría. Como lo había visto un par de veces con Cristina, sazónaba sus súplicas con unas cuantas lágrimas, súbitas y brutales, que desaparecían con la misma rapidez con que brotaban del ojo. La rutina habitual, rota en algunos de sus

detalles, pero no de un modo que lo hiciera preocupante. Estaba acostumbrado.

Más le molestaba el silencio de su madre, que todavía no había tenido arrestos para abrir la boca en lo tocante a Guilford Christie. Eso le sacaba de quicio. Estaba tan irritado que muchas veces Cristina le preguntaba la razón de su cara de estreñido, con gracejo, es verdad, pero también con curiosidad enfermiza.

Al octavo día, empezaron con la vía solar sin haber logrado el éxito en la lunar.

La primera lámina era la III, el sol hermoso en cuyo interior destacaba un 12. Eso significaba, según Cristina, y no había otra hipótesis por la que tirar, que la lámina XII era su continuación lógica. Una vez en ese punto empezaban las dudas a espesarse. Podría aceptar que hablaban de Toulouse. Y a partir de ahí, ¿qué? Cristina no se dejó vencer por el escepticismo. Revisó decenas de libros sobre la Ciudad Rosa, en especial si estaban relacionados con la Obra. Encontró una información que la hizo saltar de alegría en el sofá, derribando otros libros y apuntes que sobre él estaban esparcidos. No había posibilidad de error: el palacio de la lámina XII era el mismo que ella señalaba con su índice, plasmado en la fotografía de una enciclopedia.

—El *Hôtel*[1] Audenas. Fue sede de una sociedad rosacruciana, y antes que eso residencia del Barón de Audenas, protector de astrólogos y científicos.

Fernando miró la foto con desgana. Sí, había un cierto parecido. Pero eso no quería decir nada.

—¿Cómo que no? Ay, Fernando, vas a conseguir sacarme de mis casillas con esa flema. Creo que voy a llamar a Guilford para contárselo.

—¿Otra vez? —ironizó el profesor Bances. Mucha afición tenía la andaluza a parlotear con Christie. Como era tan bueno, tan filántropo, tan rico... La culpa debía de ser, en el fondo, del inglés, que le daba conversación cada vez que lo molestaba con sus supuestos descubrimientos asombrosos. Incluso para decirle que no avanzaban lo llamaba. Es que no tenía medida.

Fernando escuchó cómo ella le contaba a su interlocutor la última y “exitosa” incidencia, exagerando como de costumbre. También llegaban hasta sus oídos las respuestas del caballero. Al parecer se había contagiado del entusiasmo excesivo de la señorita Lara Valls, de un modo que no cuadraba a sus maneras, más tranquilas. Fernando sintió cómo se le erizaban los vellos de todo el cuerpo al entender que Guilford decía algo sobre ir ellos a Londres o viajar él a Oviedo. Ninguna de las dos opciones

le parecía adecuada. Que no se le iba a pedir consulta estaba fuera de toda duda. Cristina y Guilford dejaron atado el asunto en menos que canta un gallo.

—Iremos a Inglaterra. Guilford nos paga el pasaje y la estancia. Quiere conocer de primera mano todos nuestros progresos. Hace tiempo que no voy a Londres. Es una ciudad tan bonita... —dijo la mujer, una vez hubo colgado el teléfono.

—¿Qué progresos?

El tono que había usado el profesor Bances tenía más de ataque que de pregunta. Por mucho que lo pensara, por muchas vueltas que le diera a las láminas, no veía en modo alguno que estuvieran en un punto distinto al de partida. Llegar a Londres y tener que exponer que en realidad no sabían nada más que lo que la impaciente e imprudente Cristina le había dicho por teléfono, era algo demasiado vergonzoso para un investigador que se tuviera en algo de estima. Pero no podía negarse. Había firmado aquel estúpido contrato, y se veía obligado, casi más por ética que por otra cosa, a cumplir ciertos trámites. Pensó que era una manera tonta de perder el fin de semana, cuando podría adelantar trabajo en la catalogación de sus emblemas arquitectónicos, tan razonablemente aburridos y sensatos.

Esa tarde, luego de librarse de su compañera de pesquisas, que se llevó todo el material al hotel para ordenarlo un poco, Fernando pasó por casa de sus padres. Fue una suerte que el profesor Bances padre tuviera tutorías a esa hora. Encontró a su madre sacudiendo el polvo de un estante lleno de libros. En cuanto lo vio entrar por la puerta, ella le depositó un beso en la frente.

—Mamá, tenemos que hablar —se atrevió a decir Fernando, bastante atragantado, sujetando a la frágil mujer por los antebrazos.

Ella no se inmutó. Sabía perfectamente qué tenía en la cabeza su hijo.

—Mira, Fernando. Sé que te prometí una explicación, pero... Es demasiado íntimo.

¿Cómo que íntimo? El profesor hubiera preferido no escuchar tal cosa. Se le habían anudado las tripas de golpe.

—Ese Guilford... —susurró, perdido, no sabiendo muy bien cómo afrontar un asunto que ella parecía evitar.

Ana Hevia suspiró.

—Nunca hemos dejado de escribirnos. Aun en la distancia seguimos siendo buenos amigos.

Ah, “amigos”. Bien, esa palabra no tenía nada de malo, siempre y cuando se interpretara según su significado más común y menos agresivo para el vínculo conyugal.

—No lo entiendes. Nos queremos.

Eso ya no le hizo tanta gracia a Fernando. Había oído decir que también los amigos se quieren, aunque como no tenía muchos, se le había escapado la oportunidad de realizar la comprobación empírica. Estaba tratando de recordar los tipos de amistades que existen, y lo que implican, sobre todo desde el punto de vista carnal, cuando se dio cuenta de que su madre había desaparecido con ligereza de hada. Al minuto, no obstante, ya estaba de regreso, con una amplia sonrisa alterando el rostro maduro y una cajita envuelta en papel de regalo en la mano.

—Cuando vayas a Londres, llévale esto a Guilford de mi parte. Dentro de un par de semanas es su cumpleaños. Así me ahorro el envío. En su última visita a Oviedo no pasó ni a verme —le dijo la mujer, tan fresca, entregándole el paquete.

Éste traqueteó en las manos del hombre, que apenas daba crédito.

Y allí estaba la caja. Sobre la mesita de noche. No dejaba de mirarla. A ratos se incorporaba en la cama y la agitaba, en la esperanza de advertir su contenido a través de los ruidos que hacía al chocar con las paredes de cartón. Tuvo fortísimas tentaciones de deshacer el lazo, incluso de destruir el papel. Nuevamente lamentó su buena educación. Ser malo tiene sus ventajas. No durmió mucho. Y cuando lo hizo, tuvo espantosas pesadillas: Guilford y su madre en una barca, bajo un atardecer pintado de morado y amarillo, él vestido de caballero de los años veinte, con *canotier*, y ella suspirando como una estúpida por sus huesos, mientras le decía: “ Ah, querido *amigo!*”.

Tomaron el avión directo a Londres en el aeropuerto de Ranón. Hubo algún retraso que contribuyó a aumentar el desasosiego de Cristina, quien no había tenido a bien informarle de su pánico a volar. Él deseó que se perdiera el regalo de Guilford en la terminal, pero aquella tarde los empleados encargados del equipaje estaban de un diligente que daba asco.

En Heathrow les esperaba un joven enviado por Guilford, que enseguida los metió en un coche y los transportó a las afueras. Quizás usar esta palabra resulte notablemente inadecuado, ya que el chófer no se detuvo hasta llegar al condado de Kent. Fernando temía el momento de enfrentarse con el magnate y entregarle el regalo. ¿Por qué su madre le metía en una situación tan embarazosa? Se los imaginó hablando del encuentro por correo electrónico. Su madre le daría consejos a su “amigo”

para hacerle a Fernandito menos incómodo el trance. Y Guilford, como era tan caballero, tan *buena persona*, los seguiría a rajatabla.

Unas horas más tarde el vehículo traspasaba la verja de la propiedad de Christie, una inmensa pradera, con algunos árboles en los cerros del fondo, y una mansión de estilo victoriano en el centro.

El dueño los recibió en la biblioteca. A Fernando le pareció que todo era demasiado típico. A su alrededor no veía nada que no tuviera el aspecto que se le supone a lo inglés. Grandes muebles de color oscuro, recargados de libros, la chimenea, los retratos al óleo de antepasados que sin duda no eran los de Guilford, y al propio amo del castillo, como complemento indispensable, chaqueta de *tweed* parcheada en los codos con apliques de cuero para no perder el aire rural tan característico de los señores de la vieja Inglaterra. Cristina parecía, en cambio, fascinada.

—Cuánto me alegro de verlos, amigos! —exclamó, tras besar la mano de la joven y espachurrar la de Fernando. “Así que *amigos*”, pensó éste. Qué concepto tan amplio de la amistad. Le daba incluso esperanzas.

Los invitó a té, café y galletitas de mantequilla.

—Estoy contento de que las investigaciones hayan dado fruto —dijo el inglés—. ¿Y bien? ¿Cuál es la conclusión?

Antes de que Fernando tomara la palabra para dejar bien claro que todo seguía en el aire y que era precipitado hacer juicios sin contar con todos los elementos pertinentes, Cristina ya había relatado con pelos y señales sus inferencias acerca de Toulouse, Nostradamus y el Oro Maldito, arrojado al lago subterráneo y perdido para siempre.

—Es muy interesante. De modo que el tesoro que buscamos está en Toulouse —recapituló Guilford, ajustándose el chaleco—. No es algo que me sorprenda. Entra dentro de lo esperado, teniendo en cuenta lo que se sabe de Basilius Feuerbach y sus relaciones con Nostradamus y los astrólogos y alquimistas de la Provenza y el Languedoc. Sus interpretaciones de las láminas son también encantadoras. Creo que ustedes son personas de un gran talento.

—Propongo que vayamos a Toulouse a comprobar sobre el terreno ese *hôtel* —saltó Cristina—. He hecho averiguaciones. En la actualidad la mansión es un museo donde se expone una colección de cuadros y esculturas.

Echando el ojo por encima del hombro de Cristina, Fernando vio que se había hecho, no sabía cómo, hasta con folletos que explicaban la historia de la casona y los horarios de visita. Que se hubiera permitido el atrevimiento de hacer planes sin contar con él le irritó.

—¿Y qué se supone que va a encontrar allí: el tesoro? —dijo el profesor, mostrando con el tono irónico su rechazo al proyecto.

Guilford rió.

—Amigo, no sea tan negativo. Recuerde que la búsqueda de un tesoro es siempre aventura espiritual que va acompañada de aventura física.

Amigo!

—¿Entonces? —insistió ella, juntando las manos, como para suplicar.

Guilford se frotó el mentón.

—Bien, iremos los tres a Toulouse mañana mismo. No ponga esa cara, don Fernando, que un poco de turismo nunca viene mal. Trabaja usted mucho para ser tan joven. Los jóvenes deben salir a conocer mundo. Si no, se ponen mustios como las plantas cuando no las riegan.

“Ah, ese era uno de los *consejos*”, se dijo, con crueldad y desdén, el profesor Bances.

Un criado les mostró sus habitaciones. El equipaje ya estaba acomodado desde hacía rato. Fernando agradeció que no le hubieran buscado una de esas alcobas de las películas, donde siempre hay una cama con baldaquín, decoración abigarrada, muebles de dos siglos de antigüedad y unos cuantos fantasmas para crear ambiente. Cristina, en eso, le dio la razón.

—Mira, tengo una cosa en el pecho —le dijo golpeándose—. Estoy *atacada*. La mansión es muy bonita y todo lo que tú quieras, pero da que pensar.

—¿En qué? —replicó Fernando. A él sólo le hacía pensar en la comodidad de su colchón, allende los mares.

Esa noche cenaron con Guilford en uno de sus restaurantes de *tapas* en Londres. Al probar la comida española se sintieron un poco más aliviados. Cristina aprovechó para soltarle a Fernando que tal vez era más “provinciano” de lo que él creía. Solo había que ver cómo le brillaban los ojillos delante del pulpo a la gallega.

—A los ingleses les da un poco de reparo comerse un pulpo —comentó Guilford, con gracia—. No saben lo que se pierden. Pero mi fabada especial es muy popular.

—Por favor, que se me hace la boca agua, y con esto creo que ya tengo para dos días —dijo Cristina picando de un plato a otro, del pulpo a las patatas bravas, de éste al jamón, y de ahí al *cachopo* de ternera.

Durante la cena, Guilford les pidió que le contaran algo de su vida. En contra de su costumbre, Cristina apretó los labios y miró hacia Fernando, cediéndole el turno. Contra una coalición semejante de metomentodos sólo servía el método del avestruz, combinado con una sutil desviación

del tema. Fernando comentó el excelente gusto en la decoración del local, que no mostraba una imagen folclórica de España, sino que se inclinaba por un diseño más internacional. Incluso los colores, claros y sedantes, eran de su agrado. Cristina y Guilford, tras sus servilletas, se rieron de la maniobra. A partir de entonces, conversaron entre ellos, mientras Fernando asistía como espectador.

Entre el acento andaluz de ella y el inglés de él le destrozaron los oídos. Ni siquiera le interesaba la sustancia que extraía su mente de la charla "verborreica". Sí, Guilford era viudo y no tenía hijos; ella había estado casada hacía tiempo; tenía sobrinitos. Hubo intercambio de fotos. Pero, Dios del cielo, pensó, si son un par de desconocidos. La cara de dolor súbito que tiñó de oscuro la tez del caballero cuando mostró el retrato de "su" difunta, persiguió a Fernando durante el resto de la noche.

Esa noche, tumbado en aquella cama extraña en la que no lograba encontrar la postura, tuvo tiempo para recordar los detalles de la charla con más tranquilidad. Guilford, bajo la aparente disposición a enseñar el alma, había sido discreto, revelando solo aquello que no lo comprometía. Eran de dominio público su prolongada viudez y el giro que había dado a su vida el fallecimiento de la señora Christie. Su interés por el ocultismo y la religión se habían exacerbado tras el accidente. Fernando lamentó haber pensado en ello. De repente, su espíritu se vio arrastrado hacia terrenos especulativos que siempre trataba de evitar. La muerte. Dios. La eternidad. La infinitud o no del universo. Cristina era atea, ya se encargaba de recalcarlo cada dos por tres (sí, y por culpa de las monjas). Una auténtica bendición. Los ateos están libres de la ansiedad que produce pensar en qué vendrá después, si serás juzgado, si serás condenado, si te mandarán a un aburrido paraíso inmóvil más allá del tiempo y del espacio. Cosa curiosa, Cristina sí creía en los fantasmas, o en ciertas energías sutiles que irrumpían desde otros planos en el nuestro, tan material y tranquilo. De pequeña había tenido experiencias ("Mira que contar eso... una cosa es que vivas y escribas de ello en una revista, y otra muy distinta, afirmar que lo has visto."). Así pues, ahí tenía un creyente y una atea que también creía en seres espirituales de menor jerarquía, eso sí, que el Señor del Universo. Fernando se cubrió la cara con la almohada. No quería pensar en ello, pero las correas de su racionalidad y deseo de sosiego no eran suficientemente fuertes para sujetar una imaginación desbocada y afectada por conversaciones metafísicas delante de un pulpo a la gallega. El buenazo de Guilford no se había ofendido siquiera cuando ella había cuestionado la fe católica (en especial, la existencia de las monjas, ay, qué cruz). Es más, tampoco había tratado de convencerla de su "error",

haciendo ejercicio de proselitismo encubierto. Fernando nunca había entendido esa manía de las “sectas” religiosas de querer ser más grandes. En una ocasión unos testigos de Jehová habían llegado hasta su puerta. Normalmente, él no abría jamás así sonara el timbre durante horas. Pero en aquella ocasión lo pillaron sin defensa cuando bajaba la basura. Aunque trató de quitárselos de encima con excusas ellos le endilgaron una extraña historieta sobre el fin del mundo. Dios tenía ya elegidos 144.000 (¿o eran 444.444?) fieles para salvarlos de la destrucción. Fernando les preguntó que si los testigos no se contaban ya por millones en todo el mundo, ¿para qué molestarse tanto en hacer nuevos adeptos cuando sólo cabían 144.000 en el *arca*? ¿Y los que se quedarían fuera? Pues vaya gracia, hacerse testigo para que te dejen en tierra apenas empieza a llover. Los pobres chicos se marcharon con gesto desconcertado, aunque no creía que le hubieran dado vueltas al asunto en sus aleccionadas cabecitas. Esto es como la muerte, pensó Fernando, siempre les pasa a los demás. Seguro que aquellos tenían los números 143.999 y 144.000 respectivamente[2].

No sabía, no obstante, si se le notaba mucha cara de agnóstico o qué, porque no eran los únicos que se le acercaban *con buenas intenciones*. Los evangélicos solían darle la tabarra para salvarlo del catolicismo, culto pagano y diabólico, que ofendía a Nuestro Señor. Venían de dos en dos, enfundados en trajes impecables, armados de folletos y Biblias con que apoyar sus teorías, directamente inspiradas por Dios. Mientras uno de ellos le soltaba (“Por favor, que tengo que ir llevar estas bolsas cargadas de comida a mi casa y me pesan”) una cita de Jeremías donde se condenaba el culto a la Reina del Cielo, que ellos asimilaban a la Virgen María, el otro le metía papelitos con versículos sobre el Anticristo Lucifer. Era tan poderoso el recuerdo que incluso en duermevela notaba sus dedazos hurgándole el pecho en busca del bolsillo de su chaqueta. De pronto salió de la inconsciencia y descubrió que la mano que tenía sobre el pecho era la de una mujer y no desconocida.

—¿Usted? ¿Qué hace aquí? —dijo, abrumado por la vergüenza al ver a Cristina sentada en su cama y sobándole.

—Es que me aburría. Llevo un rato sacudiéndote a ver si despertabas, pero roncabas tanto que...

—Pues no estaba durmiendo, solo pensando...

—Que sí, que dormías, si lo sabré yo. Decías cosas entre dientes...

—¿Qué cosas? —susurró Fernando, muy molesto, cubierto con el embozo de la sábana.

Ella sonrió maquiavélica.

—Mejor que no lo sepas...

—Dígamelo.

—Con una condición: que me tutees a partir de ahora.

—De acuerdo: lo prometo. ¿Qué decía?

—Pues... Algo de ti y de mí... Algo muy subido de tono. Casi me escandalizo al escucharlo. Oh, quién lo iba a pensar de ti, tan modosito...

Fernando no pudo evitar que se le chocaran los dientes de la mandíbula superior con los de la inferior y armaran ruido. Ella hacía esfuerzos para contener la risa.

— Te lo has inventado! —gritó él, de pronto.

Cristina estalló. Sus carcajadas aplastaron el rostro del profesor, enrojecido por la vergüenza y bastante más por la cólera.

—Hijo, qué poco sentido del humor, de verdad. Pues tú te pierdes mi compañía, ea. Pero no pienses cochinadas, que solo quería hablar.

Tras decir eso, salió del cuarto.

Fernando tardó lo suyo en volver a conciliar el sueño. El resto de la noche su cerebro le regaló un recital de sueños eróticos repugnantes que tenían como protagonista a la señora Lara Valls. Repugnantes porque lejos de su condición natural, se comportaba en ellos como un auténtico baboso que saltaba sobre las carnes femeninas una y otra vez, la pellizcaba en los pezones, la mordía y cometía mil desmanes impropios de un caballero. A eso conducían las mujeres fatales, desde el inicio de los tiempos dispensadoras de manzanas con gusano.

[1] *Hôtel*: en francés, “palacete, mansión”.

[2] En realidad lo que afirman los testigos de Jehová es que los 144.000 elegidos gobernarán con Dios, mientras el resto de los salvados habitan la Tierra. (Nota de la Autora)

Otras novelas de la serie

Liber Hespericus (Publicado por Ipunto Ediciones, 2010)

El robo de valiosos volúmenes en el Museo de Audenas, propiedad del Barón del mismo nombre, impulsa a Thierry Dumont, su criado y amante de los libros, a investigar el caso. Pronto descubrirá, gracias a las informaciones de un loco obsesionado con la obra de Nostradamus, que tal robo, al igual que otros ocurridos en la ciudad de Toulouse, está relacionado con la búsqueda del **Liber Hespericus**, un libro de antiquísimos orígenes, mediante el cual supuestamente Nostradamus habría hecho sus vaticinios.

Al tiempo, la fría y distante Elizabeth McPherson, escritora de novelas de alta literatura, de visita en Toulouse, apuesta con otra escritora que es capaz de escribir un bestseller de aventuras en dos meses. Durante una cena con el Barón y su criado descubre la historia del Liber Hespericus, y decide inspirarse en eso, y en sus anfitriones.

Thierry Dumont y Elizabeth McPherson se verán arrastrados a una investigación sobre el fabuloso libro mientras, en las sombras, una Orden milenaria prepara el camino para el surgimiento del Gran Monarca anunciado desde tiempo inmemorial... ¿Se cumplirá la profecía?

Una novela de aventuras, misterio y romance, con un desenlace trepidante y lleno de fantasía y acción, en la que se revela la más inquietante de las profecías de Michel Nostradamus acerca del destino de Europa.

Liber Umbrae (ebook gratuito)

La joven Bessie McPherson espera en un sótano lleno de instrumentos de tortura a que su captor regrese para matarla y beber su sangre. Mientras eso sucede, rememora los acontecimientos de los últimos cuatro meses, en especial los que la han llevado a esa situación, como su relación con Charlie Granger, un gótico aficionado a los vampiros, o el hallazgo por parte de Thierry Dumont, el novio de su tía, de un diario que narra los crímenes de una secta de bebedores de sangre a inicios del siglo XX, dirigida por el siniestro doctor Koestler.

Paralelamente, la policía de Londres investiga el asesinato de una adolescente que apareció flotando en el Támesis, desangrada y con una extraña marca grabada en el cuerpo. Es la segunda chica que aparece en tales circunstancias en los últimos seis meses en la ciudad, y se sospecha que pueda haber un asesino en serie suelto.

El Mal parece haberse originado en una mansión de Surrey, con fama de haber sido morada de un vampiro, pero las apariencias a veces engañan...

Sobre M.C. Mendoza

María Covadonga Mendoza Abad, nacida en Avilés el 18 de junio de 1970, es licenciada en Geografía e Historia por la Universidad de Oviedo. Desde el año 2000 compagina su afición por la literatura con su trabajo como funcionaria en la administración del Principado de Asturias, y con el mantenimiento de varios blogs, uno de los cuales, “Críticas Literarias Regina Irae”, es visitado diariamente por más de dos mil quinientas personas. En 2007 publicó su primera novela, “La Hermandad de los Elegidos”, en la editorial Via Magna, reeditada en bolsillo en el año 2008. A esta publicación le siguió “Otoño Sangriento”, editada en 2010, por Akrón editorial, y “Liber Hespericus” (Ipunto Ediciones) también en 2010.

Actualmente tiene varias obras en proyecto de escritura.

Novelas publicadas:

- La Hermandad de los Elegidos (Via Magna) 2007 (2008 edición de bolsillo)
- Otoño Sangriento (Akrón) (2010)
- Liber Hespericus (Ipunto Ediciones) (2010)

No publicadas:

- Regina Irae
- Dominus Noctis (ebook)
- Mysterium Tremendum
- Regina Ultramundi
- Adorando a un Dios Desconocido (ebook gratis)
- Liber Umbrae (ebook gratis)
- Los del Otro Lado
- Rompiendo las Normas

Del mismo autor

Regina Irae (La Reina de la Ira) (Primera parte) (2000)

Primer tomo de la serie Regina Irae que se continúa con (Dominus Noctis, *Mysterium Tremendum* y Regina Ultramundi) Ver más información en mi web: <http://mcmendoza.blogspot.com>

El profesor Lippershey, un parapsicólogo inglés afincado en el Principado, investiga las andanzas de un monstruo-vampiro que trae locos a los habitantes de pueblo de Barglava, en el Valle del Mende. Aunque la tradición y los rumores apuntan a que se trata de un ser sobrenatural, Lippershey está convencido de que tal monstruo no existe, y que quienes atacan al ganado e incluso a las personas son las integrantes de una secta femenina adoradora de la diosa Geirtrair, cuya líder es la Baronesa Anabel Spengler. Con ayuda de su secretaria Ariane Lavallo, de su antiguo ayudante Philip y de su colega el fantasioso Doctor Sergio Adamski, indagará en los secretos del Valle y en el pasado del país alpino y de la Baronesa y sus antepasados, hasta llegar a un descubrimiento que supera todo lo imaginable.

Dominus Noctis (Primera Parte) (2002)

Compra la novela entera en Amazon: http://www.amazon.es/Dominus-Noctis-Regina-Irae-ebook/dp/B004P1JTKM/ref=sr_1_1?ie=UTF8&qid=1335704859&sr=8-1

El joven Evan Lippershey, nieto del profesor Sir Alex Lippershey, se presenta en el Principado de Arberia con el propósito de ayudarle en sus investigaciones parapsicológicas. En realidad, huye de su amor imposible hacia la doctora Seymour, hija de un famoso caza vampiros. Cuando la doctora visita Arberia en una expedición para localizar los restos del legendario vampiro Valentín Nagdy, un suceso imprevisto desencadena el retorno del No-Muerto...

Lippershey, Ariane y Sergio Adamski no imaginan lo que se les viene encima desde los tiempos medievales y desde mucho, pero mucho más tiempo atrás, de la época de la Atlántida...

Mysterium Tremendum (primeros capítulos) (2004)

III novela de la serie "Regina Irae". Libros: Regina Irae, Dominus Noctis, *Mysterium Tremendum* y Regina ultramundi

En el año 2003, en la ciudad de Calibánn, capital de Arberia, empiezan a ocurrir extraños fenómenos: alguien ve revolotear un dragón o pterodáctilo, la gente tiene visiones y se sale del cuerpo, muerden los casos de poltergeist... Los miembros del Instituto Philip Dreyeris investigan los hechos, al tiempo que lidian con sus desatadas pasiones. El doctor Adamski, enamorado de Ariane, trata de buscar su favor, sin lograrlo; esta, quiere un hijo, lográndolo, pese a la oposición de su marido; Evan y Marina discuten y hacen las paces... Paralelamente, Cristina D'Armani, regresada del exilio, intriga para que su cantón de Rumelia-Mende se independice de Arberia, mientras mantiene un romance con su peor enemigo, el Primer Ministro Ricardo Albentur, opuesto al proceso secesionista. Los ingleses, por su parte, sospechan que Cristina está detrás de los fenómenos paranormales. Lippershey es obligado a colaborar con el espía Chipperfield a fin de averiguar si es cierto o no.

Se puede descargar entera en mi web. (dos tomos)

ver: <http://principadodearberia.wordpress.com/novelas-regina-irae/>

Liber Umbrae (primeros diez capítulos) (2009)

(Primeros diez capítulos - Ebook completo en Amazon)

La joven Bessie espera en un sótano lleno de instrumentos de tortura a que su captor regrese para matarla y beber su sangre. Mientras eso sucede, rememora los acontecimientos de los últimos cuatro meses, en especial los que la han llevado a esa situación, como su relación con Charlie Granger, un gótico aficionado a los vampiros, o el hallazgo de un diario que narra los crímenes de una secta de bebedores de sangre a inicios del siglo XX, dirigida por el siniestro doctor Koestler.

Paralelamente, la policía de Londres investiga el asesinato de una adolescente que apareció flotando en el Támesis, desangrada y con una extraña marca grabada en el cuerpo. Es la segunda chica que aparece en tales circunstancias en los últimos seis meses en la ciudad, y se sospecha que pueda haber un asesino en serie suelto.

El Mal parece haberse originado en una mansión de Surrey, con fama de haber sido morada de un vampiro, pero las apariencias a veces engañan...

Otoño Sangriento (primeros capítulos) (2010)

(Primeros capítulos)Entero en Amazon (no drm, convertible a epub: http://www.amazon.es/Oto%C3%B1o-Sangriento-1888-Destripador-ebook/dp/B0078E64YW/ref=sr_1_3?s=digital-text&ie=UTF8&qid=1335704943&sr=1-3

El detective Christophe La Barthe y su ayudante Emma Halvick viajan a Madrid en octubre de 1888 para resolver el asesinato mediante un dardo envenenado del padre Hontañón, clérigo de la parroquia de San Andrés, sobre el que han dejado una nota en tinta roja que reza "Erebus". Un testigo asegura haber visto a un embozado con capa y sombrero refugiarse en el palacio del ingeniero Arturo Balmaseda, con lo cual este, un aventurero aficionado a Nietzsche que se encuentra en paradero desconocido, se convierte en el principal sospechoso.

El caso se complicará con la muerte por degollamiento de una prostituta que frecuentaba la parroquia y que también lleva la firma de Erebus. El pánico se apodera de Madrid al tiempo que el criminal envía cartas a la prensa, y La Barthe empieza a sospechar que el asesino imita a Jack el Destripador, que opera en ese mismo momento en Londres, en su forma de relacionarse con los medios de masas. Al tiempo tendrá que resolver sus propios conflictos personales, en especial su relación apasionada con la mujer del sospechoso principal, la enigmática Angélica, y su fría relación con Emma, que está enamorada de él.

Novela de misterio ambientada en el Madrid de 1888, con grades dosis de romance y humor.

(próximamente novela entera)



www.feedbooks.com
Food for the mind